

Trotsky y la Revolución en América Latina

OSVALDO CALELLO

ediciones de la Izquierda Nacional



Primera edición, 2002

Segunda edición, 2009

Ediciones de la Izquierda Nacional

e-mail: contacto@izquierdanacional.org

web: www.izquierdanacional.org

TROTSKY Y LA REVOLUCIÓN EN AMÉRICA LATINA

OSVALDO CALELLO

El 27 de noviembre de 1917 el marxista italiano Antonio Gramsci publicó en *Avanti* (y reprodujo en enero de 1918 en *El Grito del Pueblo*), un artículo conteniendo una afirmación singular: la Revolución de Octubre “es la revolución contra ‘*El Capital*’ de Carlos Marx”.

Gramsci se refería de esta forma a un acontecimiento extraordinario, que escapaba al horizonte teórico en el que había inscripto su obra fundamental el fundador de lo que en sus orígenes se conoció como filosofía de la praxis. Apenas llegada a Italia la noticia de la Insurrección de Octubre y el establecimiento del gobierno bolchevique, Gramsci escribió: “*El Capital* de Marx era en Rusia, el libro de los burgueses, más que de los proletarios. Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formase una burguesía, se iniciase una era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes que el proletariado ni siquiera pudiese pensar en su levantamiento, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado a las ideologías. Los hechos hicieron estallar los esquemas críticos dentro de los que la historia de Rusia debería haberse desenvuelto, según los cánones del materialismo histórico”.¹

En esa reflexión, Gramsci aludía a algunos de los pasajes en los que la obra de Marx, y también de Engels, enfocaron la perspectiva de la historia a la luz de las tendencias fundamentales del capitalismo y, particularmente su desenvolvimiento en los países de la periferia precapitalista. El *Manifiesto del Partido Comunista* es particularmente explícito al respecto cuando sostiene, por ejemplo, que “merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras (...) Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza”.²

Esta interpretación estuvo presente de modo marcado en los escritos de la primera parte de la década de 1850, en los que Marx estudió el papel de la colonización inglesa sobre la India. Afirmado en la perspectiva del *Manifiesto*, el autor de *El Capital* entendió que la penetración inglesa,

¹ Antonio Gramsci. *La concepción del partido proletario*. Pág. 11. Editora Latina. 1973.

² Carlos Marx, Federico Engels. *Manifiesto del Partido Comunista*. Pág. 38. Editorial Polémica. 1974.

al tiempo que destruía el telar de mano y el torno de hilar, disolvía la estructura petrificada de pequeñas comunidades “semibárbaras y semicivilizadas”, base del despotismo oriental, y producía “la más grande, y para decir la verdad, la única revolución social que jamás se ha visto en Asia”.³ Marx no se engañaba acerca del carácter mezquino de la burguesía inglesa, ni sobre los efectos devastadores de su dominación sobre la sociedad india, pero consideraba que la humanidad no podía cumplir su misión sin revolucionar a fondo la estructura social de Asia y, en este sentido, creía que Inglaterra actuaba como “el instrumento inconsciente de la historia”. El capitalismo inglés debía, por una parte, destruir los fundamentos de vieja sociedad precapitalista, y por la otra, construir la base material de una sociedad de tipo occidental. El ferrocarril, el telégrafo, los medios de riego, la prensa libre y, por fin, el ejército organizado e instruido por los sargentos ingleses, serían condiciones de la unidad y futura independencia del país colonizado. “La industria moderna, llevada a la India por los ferrocarriles, destruirá la división hereditaria del trabajo, base de las castas hindúes, ese principal obstáculo para el progreso y el poderío de la India”, escribió Marx en julio de 1853.⁴

Sin embargo, el paradigma de un mundo unificado por la fuerza expansiva del modo de producción capitalista, en el cual las sociedades atrasadas serían transformadas según los patrones clásicos de la acumulación del capital, nunca tuvo para sus autores el alcance de una ley capaz de direccionar el desenvolvimiento de la historia.

Para la misma época en que formuló sus reflexiones sobre el destino de la colonización inglesa en la India, Marx advirtió que la suerte de la revolución europea tenía mayores probabilidades de depender “de lo que está sucediendo ahora en el Celeste Imperio que de cualquier otra causa política existente”.⁵ En el Celeste Imperio (China) se estaba desarrollando desde 1851 la guerra campesina de los Taiping contra el sistema

³ Carlos Marx. *La dominación británica en la India*. Artículo publicado en New York Daly Tribune el 25 de junio de 1853. Reproducido por Maurice Godelier en *El modo de producción asiático*. Pág. 60. Eudecor. 1966.

⁴ Carlos Marx. *Futuros resultados de la dominación británica en la India*. Artículo publicado el 8 de agosto de 1853. Reproducido en *El Modo de producción...* Pág. 75

⁵ Carlos Marx. *La revolución en China y en Europa*. Publicado en New York Daly Tribune el 14 de junio de 1853. Reproducido en *Sobre el colonialismo*. Pág. 7. Cuaderno de Pasado y Presente. Córdoba 1973.

feudal. Marx sostuvo entonces que “la revolución china echará la chispa en la mina, presta a estallar, del presente sistema industrial y desencadenará la crisis general que hace tiempo se venía acumulando, la cual, cuando se propague al extranjero, será seguida inmediatamente de revoluciones políticas en el continente”.⁶

Años más tarde al enfocar la cuestión colonial a la luz de las luchas del movimiento de emancipación irlandés, Marx avanzó decididamente en la redefinición de la relación metrópoli-periferia. “Durante mucho tiempo creí que era posible derribar el régimen irlandés mediante el ascenso de la clase obrera inglesa. Siempre sostuve esta opinión en el *New-York Tribune*. Un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera no conseguirá nada hasta que no se haya librado de Irlanda. Hay que poner la palanca en Irlanda”, escribió en 1869 luego de haber comprobado el impacto corrosivo que había tenido sobre la ideología y la moral del proletariado británico su situación de relativa prosperidad en la sociedad burguesa, derivada de la explotación colonial.⁷ Antes de eso, en 1856, Engels había advertido que “la llamada libertad de los ciudadanos ingleses depende de la opresión de las colonias”.⁸

Por fin en 1881, al redactar los borradores de lo que sería una respuesta a la ex populista rusa, Vera Zasulich, Marx cambió radicalmente el pronóstico de comienzos de la década del 50, y escribió que la supresión de la propiedad común de la tierra en la India “fue allá tan sólo un acto de vandalismo inglés, que no deparó progreso sino atraso a los pueblos nativos”.⁹

Zasulich, recientemente incorporada al marxismo, había preguntado al autor de *El Capital* sobre el futuro de la comuna rural rusa y acerca del supuesto carácter inevitable de la evolución de las distintas sociedades a través de todas las fases del régimen capitalista. En la versión definitiva de su respuesta, Marx se ocupó de aclarar que del contenido de *El Capital* no se desprendía opinión alguna acerca del destino de la comuna rusa, y precisó que la “fatalidad histórica” del movimiento que lleva a la separación

⁶ *Ibid.* Pág. 12.

⁷ Carta de Marx a Engels escrita el 10 de diciembre de 1869. *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*. Pág. 193. Carlos Marx y Federico Engels. Cuadernos de Pasado y Presente. 1979.

⁸ Carta de Engels a Marx fechada el 23 de mayo de 1856. *Ibid.* Pág. 108

⁹ *El Modo de Producción*, Pág. 131.

del productor de los medios de producción, a partir de la expropiación del campesinado, base del desenvolvimiento capitalista, estaba exclusivamente referida al curso seguido por la historia en el oeste de Europa. Ya anteriormente lo había advertido: “El capítulo sobre la acumulación primitiva no pretende más que trazar el camino por el cual surgió el orden económico capitalista, en Europa occidental, del seno del régimen económico feudal”, escribió a fines de 1877.¹⁰

En su carta de respuesta al primer grupo de marxistas rusos, Marx les manifestaba su convencimiento de que la comuna rural sería “el punto de apoyo de regeneración social de Rusia”, a poco que lograra liberarse de “las influencias deletéreas que la sacuden de todos lados”, y pudiera desenvolverse espontáneamente. Esas influencias eran principalmente los pagos de la deuda por el rescate de la tierra, los impuestos del Estado central y las cargas fiscales provinciales, que reducían al campesino a una situación de miseria. Marx subrayaba la circunstancia excepcional que hacía a la coincidencia, en una misma época histórica, de una forma de propiedad comunal de la tierra (en los confines de un extenso imperio), base de un posible régimen de apropiación colectiva, con la presencia (en el oeste de Europa) de un nivel de civilización capitalista en condiciones de suministrar los recursos materiales necesarios para organizar el trabajo cooperativo en gran escala.

Marx y Engels creían que el acontecimiento decisivo para que la comuna rusa alcanzara un nuevo estadio de desenvolvimiento histórico sin pasar por las sucesivas fases del régimen capitalista, era una revolución proletaria victoriosa en Europa. Así lo sostuvo Engels en un artículo publicado en 1875.¹¹ Posteriormente, en el prefacio a la edición rusa de 1882 del *Manifiesto*, sus autores escribieron que “si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se completen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida a una evolución comunista”.¹²

La tesis del desarrollo desigual y combinado en contraposición a toda concepción de desenvolvimiento lineal de la historia, estaba presente

¹⁰ Carta de Marx al director del *Otchestviennie Zapiski*. *El Modo de Producción* Pág. 127

¹¹ Federico Engels. *Las condiciones sociales en Rusia*. Publicado en *Volksstaat*. *El Modo de Producción* Pág. 113.

¹² *El Modo de Producción...* Pág. 140.

en los escritos de los autores del *Manifiesto* a fines del siglo XIX. Pero la cuestión habría de adquirir la más importante actualidad, precisamente en Rusia, a comienzos del siglo siguiente. En 1905 estalló en el extenso imperio de los zares la revolución largamente anticipada por marxistas y populistas. Sin embargo, no iba a ser la comuna rural, en proceso de disolución, el escenario de los acontecimientos. Por la naturaleza de sus objetivos (república democrática, jornada de ocho horas, confiscación de los latifundios de la nobleza), Lenin la definió como una revolución democrático-burguesa. Pero por sus métodos de lucha, el jefe de la fracción bolchevique la caracterizó como una revolución proletaria.¹³ El poderoso movimiento de huelgas obreras, que arrastró a la lucha a una parte del campesinado, se prolongó desde el Domingo Sangriento del 9 de enero, cuando las tropas del zar masacraron una concentración pacífica de trabajadores, hasta diciembre, momento en que finalmente quedó disuelto el Soviet de Petersburgo y aplastada la insurrección de Moscú.

LA GRAN CONTROVERSIAS

El estallido de 1905 confirmó en sus rasgos generales las conclusiones que habían arrojado las experiencias revolucionarias en Europa a partir de 1848. En primer término puso de relieve que la burguesía liberal no estaba dispuesta a desempeñar ningún papel revolucionario. En todo momento el Partido Demócrata Constitucional ruso trató de frenar el combate de los obreros en los límites del Manifiesto por el cual Nicolás II, jaqueado por la huelga general que estalló en octubre de 1905 en Petersburgo, prometió una Constitución, libertades políticas y sufragio universal. El zar en modo alguno pensaba cumplir el compromiso, pero el sólo anuncio fue suficiente para que los dirigentes liberales acusaran a quienes intentaban profundizar la lucha de poner en riesgo la inminente democratización del régimen.

Sin embargo, la discusión en torno al papel de las clases medias liberales no estaba aún saldada en el campo del socialismo ruso. Mientras Lenin, jefe de la fracción bolchevique, desde el exilio insistía en la necesidad de que el movimiento fuera impulsado en dirección a la insurrección,

¹³ V. I. Lenin. "Informe sobre la revolución de 1905". *Obras escogidas*. Tomo I. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú, 1960.

la dirección menchevique también desde fuera de Rusia, sostenía que tanto el levantamiento armado como la revolución debía ser la consecuencia del despliegue de las masas; no de una acción planificada. Detrás de esta concepción subyacía la expectativa respecto al potencial político de la clase media liberal, a la que se asignaba la dirección del movimiento, dado el carácter burgués de la revolución rusa. Por entonces, la naturaleza del curso revolucionario que seguían los acontecimientos no estaba en discusión: la liquidación del orden absolutista y la constitución de un orden republicano, la supresión de la propiedad latifundista y el reparto de tierras, la jornada de ocho horas, etc., eran tareas que se inscribían en relaciones sociales de tipo capitalista. Lo que sí estaba en discusión eran las fuerzas motrices de la revolución y el papel que desempeñarían.

Entre noviembre y diciembre de 1904 León Trotsky, futuro presidente del Soviet de Petrogrado en 1905 y protagonista principal de la que sería la primera revolución rusa, escribió un folleto en el cual, además de subrayar el carácter ambiguo y vacilante de la burguesía liberal, puso el acento en la iniciativa del proletariado urbano y señaló la necesidad de la alianza con el campesinado, al que asignaba un potencial revolucionario.¹⁴ Trotsky sostenía que por su papel directivo en el movimiento revolucionario, los obreros alcanzarían un peso preponderante en el futuro gobierno provisional. En el prólogo del folleto, escrito al comenzar las grandes huelgas de enero y febrero de 1905, Parvus^a fue más allá y anticipó que ese gobierno sería el gobierno de la socialdemocracia, por ser éste el partido que encabezaba la lucha contra el zarismo. Por lo audaz del pronóstico, ese prólogo se transformó en el centro de la controversia. Los mencheviques lo rechazaron insistiendo en que el carácter burgués de la revolución le otorgaba a la burguesía el derecho a dirigir el gobierno provisional, y que tratándose de un gobierno burgués, la socialdemocracia no tenía que tomar parte en él sino actuar como partido de oposición. Lenin, por su parte, también rechazó el anticipo de Parvus. El jefe bolchevique, que no asignaba crédito alguno al hipotético papel revolucionario de la burguesía, sostenía la necesidad de participar en el gobierno provisional, advirtiendo que en él, el proletariado estaría en minoría, de acuerdo a su situación de minoría en la sociedad rusa, respecto a los representantes pequeño-burgue-

¹⁴ Isaac Deutscher. *Trotsky. El profeta armado*. Pág. 110. Ediciones ERA. 1984.

ses y semiproletarios.

Trotsky y Parvus estaban más cerca de descifrar el significado de los acontecimientos en marcha, pero su perspectiva aún era insuficiente para explicar la correspondencia entre una revolución burguesa y un gobierno dirigido por los trabajadores, o la contradicción existente entre el carácter democrático representativo asignado a ese gobierno y su control por una minoría de clase.¹⁵

La Revolución de 1905 culminó con la disolución del Soviet de Petersburgo y el encarcelamiento y juicio a sus dirigentes, y con el aplastamiento de la insurrección de Moscú, organizada por los bolcheviques. Entre octubre y diciembre, al llegar a su punto más alto el movimiento huelguístico de las ciudades no había logrado afirmarse aún en el campo. El campesinado en general mantuvo una actitud pasiva, y en consecuencia la repercusión de los acontecimientos no provocó desprendimientos significativos en el Ejército. Sólo en la Marina la agitación revolucionaria logró conquistar posiciones influyentes. Sin embargo, la experiencia revolucionaria de 1905 constituyó una enseñanza de extraordinaria importancia para los trabajadores, quienes luego de un período de reflujo reiniciarían la lucha contra el zarismo.

Meses después, en 1906, Trotsky, mientras esperaba ser enjuiciado por su papel dirigente en el Soviet de Petersburgo, formuló los lineamientos centrales de lo que luego sería conocida como teoría de la revolución permanente.

Sus tesis, incluidas originalmente como el último capítulo de *Nuestra Revolución*, el libro en el cual Trotsky reprodujo sus ensayos y crónicas sobre la revolución de 1905, no tuvieron mayor repercusión en las filas de las dos fracciones en que estaba dividida la socialdemocracia rusa e, incluso, parece casi seguro que Lenin no llegó a leerlas hasta 1919, a pesar de que en ocasiones expresó una opinión desfavorable.¹⁶ No obstante, *Balance y Perspectivas, las fuerzas motrices de la revolución*, encerraba la clave de los acontecimientos revolucionarios de 1917.

Como todos los marxistas de su época, Trotsky partía de afirmar el carácter burgués de la revolución rusa. Por sus fines históricos, liquidación

¹⁵ Isaac Deutscher. *Trotsky. El profeta armado*. Pág. 115.

¹⁶ *Ibid.* Pág. 157.

del absolutismo y del régimen de servidumbre, el programa revolucionario de Rusia se encuadraba en el gran movimiento histórico democrático burgués que había conmocionado a Europa en los siglos xvii y xviii, proyectando una influencia menguante en las primeras décadas del xix. En esto coincidían mencheviques y bolcheviques. Pero de ello no se deducía, necesariamente, el papel dirigente de la burguesía en la revolución burguesa tardía. Por el contrario, los dirigentes bolcheviques, especialmente Lenin, se habían encargado de denunciar el carácter capitulador y traicionero de la burguesía rusa, interesada en llegar a un acuerdo con el zarismo sobre un programa de reformas limitadas. Estaba fuera del horizonte político de los liberales la convocatoria a una Asamblea Constituyente por vía del gobierno provisional revolucionario, y la instauración de la república democrática; mucho menos la insurrección que impulsaban los bolcheviques.

Lenin, en cambio, asignaba a estas cuestiones un carácter decisivo. Para él no era asunto de discusión el hecho de que la transformación del régimen político y económico de Rusia se desarrollaría en un sentido democrático burgués, pero advertía que el resultado sería muy diferente si la vía fuera la de una transacción de la burguesía con el zarismo, o la de la victoria definitiva sobre éste. Por eso la consigna bolchevique: “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado”; y también la resolución del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (primero de la fracción leninista) de abril de 1905: el proletariado, fuerza dirigente del movimiento democrático revolucionario; la insurrección armada, exigencia en el orden del día de la lucha de clases. En definitiva, una revolución democrática llevada adelante hasta sus últimas consecuencias colocaría a obreros en la mejor posición para seguir la lucha en dirección al socialismo.¹⁷

El planteo de Lenin estaba en conexión directa con las conclusiones que habían sacado Marx y Engels de las experiencias revolucionarias del año 48 en Francia y Alemania. Particularmente la *Circular de 1850* dirigida a la Liga de los Comunistas, estableció una delimitación tajante en el campo de la revolución democrática entre los intereses del proletariado y los de la burguesía. Esta última había reprimido brutalmente a los obreros parisinos

¹⁷ V. I. Lenin. “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática”. Pág. 548. Tomo I. *Obras Escogidas*. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú 1960.

en junio de 1848 y traicionado a la revolución en Alemania, capitulando ante la corona prusiana, a pesar de que las insurrecciones triunfantes en marzo de ese año, primero en Viena y luego en Berlín, habían asestado un golpe demoledor a la dinastía. La época en que la burguesía jugaba un papel históricamente progresivo en el curso de la revolución burguesa había pasado, y entonces esa clase prefería pactar con las fuerzas del antiguo régimen, antes que luchar junto a los obreros hasta imponer plenamente el programa de la república democrática.

En la *Circular* Marx y Engels advertían que en la próxima revolución, que consideraban inminente, el proletariado no debería detenerse en los límites que intentarían fijar los demócratas pequeño burgueses, sino que habría de mantener el impulso revolucionario “en tanto no sean desplazadas del gobierno todas las clases más o menos poseedoras”.¹⁸ El documento sostenía que era interés y deber del partido obrero “hacer la revolución permanente”. Explicaba que en los comienzos del movimiento revolucionario los trabajadores no podrían impulsar medidas directamente comunistas, pero sí estarían en condiciones de obligar a los demócratas a adoptar decisiones que afectaran en el mayor grado posible el orden social vigente: centralización, bajo control del Estado, de una parte de las fuerzas productivas (fábricas, minas, ferrocarriles, etc.), estatización de las tierras feudales confiscadas y organización de colonias obreras para su explotación, etc.

Los pronósticos de un nuevo período revolucionario en Europa y, particularmente, el estallido de la revolución en Gran Bretaña, sin la cual las conmociones sociales en el continente no pasarían de ser “una tempestad en un vaso de agua”, no se cumplieron en vida de Marx y, por lo tanto, la formulación que serviría de fundamento de la teoría de la revolución permanente, quedó como un anticipo genial, por delante de las posibilidades del incipiente desarrollo de clase del proletariado. Pero su aspecto sustancial, la afirmación del papel dirigente de los trabajadores en la revolución democrática y la necesidad de radicalizar el proceso revolucionario con medidas gubernamentales de transición, que terminarían poniendo en cuestionamiento las relaciones de propiedad vigentes, cobraría extraordi-

¹⁸ Franz Meherin. *Carlos Marx. El fundador del socialismo científico*. Pág. 165. Editorial Claridad. 1965.

naria actualidad en el transcurso de las revoluciones del siglo xx.

Trotsky coincidía con los bolcheviques sobre el carácter dirigente que asumiría el proletariado en la próxima revolución y se diferenciaba de los mencheviques, quienes asignaban ese papel a la burguesía liberal, mientras alertaban contra la radicalización de las consignas por temor a que ésta diera la espalda a la empresa revolucionaria. Sin embargo, las posiciones divergían respecto a la naturaleza del futuro gobierno. Para el jefe del futuro Ejército Rojo la consigna de la dictadura democrática sólo podía ser realizable a condición de que, junto al partido de los obreros, se afirmara la presencia de un partido independiente de los campesinos. Esa posibilidad era tenida en cuenta por Lenin, quién prestaba especial atención al desenvolvimiento de la lucha de clases en el campo, y replicaba a los mencheviques que la revolución rusa no comenzaría a adquirir su verdadero alcance “hasta que la burguesía no le vuelva la espalda y la masa campesina actúe como fuerza revolucionaria junto al proletariado”.¹⁹ Sostenía, en línea con esta convicción, que era posible identificar la democracia revolucionaria y republicana con la masa campesina y, a pesar de considerarla una clase inestable, creía que la necesidad de emanciparse de las condiciones de semiservidumbre, podría impulsar a los campesinos a obrar como “los más perfectos y radicales partidarios de la revolución democrática”.²⁰ En otro sentido, estaba convencido de que no habría posibilidad alguna de que el gobierno revolucionario pudiera sostenerse sin el apoyo de esa masa mayoritaria.

Trotsky, por su parte, consideraba al campesinado el aliado principal del proletariado, sin cuyo auxilio la suerte de la revolución estaría sellada de antemano. Sin embargo no le asignaba a esa clase una función dirigente. “La experiencia demuestra que el campesinado es completamente incapaz de desempeñar un papel político independiente”, escribió en 1906.²¹ En esa consideración pesaba la histórica dependencia de la aldea respecto a la ciudad bajo el capitalismo. Por cierto, no fue una fuerza surgida del campo la que liquidó la estructura feudal en la Europa de los siglos xvii y xviii, sino que la expansión de la revolución burguesa originada en

¹⁹ *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*. Tomo I. Pág. 573.

²⁰ *Ibid.* Pág. 571.

²¹ Trotsky. *Resultados y perspectivas: las fuerzas motrices de la revolución*. Pág. 50. Ediciones

las ciudades alcanzó una escala nacional, y fue ese poderío el que terminó de enterrar al viejo régimen. Trotsky creía que, del mismo modo que en el pasado el campesinado había obrado como fuerza auxiliar de la burguesía revolucionaria, en la época de declinación capitalista no le quedaría más remedio que seguir al proletariado y adherir al régimen de democracia obrera. Al mismo tiempo que subrayaba la necesidad de que los representantes de los campesinos, de la pequeña burguesía y de la *intelligentzia*, se integraran al gobierno revolucionario, preguntaba quién daría a la política gubernamental su contenido, quién constituiría en el poder una mayoría homogénea.

Sólo los obreros podían construir un poder de esa naturaleza, capaz de hacer avanzar la revolución democrática sin detenerse en los límites del régimen burgués, en un proceso de carácter ininterrumpido. Trotsky tenía en cuenta un trabajo escrito por Carlos Kautsky ese mismo año de 1906, en el cual éste advertía el hecho singular de que era el proletariado de una sociedad en extremo atrasada como la rusa, el que enseñaba el futuro que les aguardaba a sus hermanos alemanes. En línea con esa comprobación, quien fuera el principal animador del Soviet de Petersburgo, sostenía que los trabajadores podrían llegar al poder en un país económicamente atrasado antes que en otro de capitalismo avanzado, y rechazaba toda interpretación determinista del marxismo, explicando que las posibilidades políticas de la clase obrera respecto al poder no dependían directamente del grado de evolución de las fuerzas productivas, sino del momento en que se desarrollaba la lucha de clases, de la situación internacional y también de una serie de factores subjetivos: tradición, capacidad de iniciativa, espíritu de lucha, etc. Esa posibilidad que abría la historia en la periferia del sistema capitalista no cambiaba de por sí la naturaleza de la revolución democrática, pero en cambio desataba una dialéctica de contradicciones cuyo desenvolvimiento terminaba colocando el proceso revolucionario en una nueva vía. Trotsky señalaba que los obreros al frente del poder revolucionario, pondrían a la orden del día medidas de colectivización y, en consecuencia, borrarían toda diferenciación entre el programa máximo y el programa mínimo, abriendo

de ese modo un curso permanente entre la revolución democrática y las tareas socialistas. “No se puede suponer, en modo alguno, que un gobierno proletario divida las explotaciones en gran escala después de su expropiación en parcelas individuales y las venda para su explotación a los pequeños productores; aquí el único camino es el de organizar la producción cooperativa bajo un control comunal o directamente bajo una gestión estatal; y ésta es la vía hacia el socialismo”, escribió en 1906.²² Desde la perspectiva más general aseguraba que la revolución rusa crearía las condiciones que harían posible la revolución en Europa. “La influencia de la revolución rusa sobre el proletariado europeo es extraordinariamente grande. No sólo destrozará el absolutismo de Petersburgo, la fuerza principal de la reacción europea, sino que creará también las condiciones previas, necesarias para la revolución, en la conciencia y en el ánimo del proletariado europeo”, señaló entonces.²³

En esa dirección advertía que la clase obrera no podría garantizar el carácter democrático de su dictadura, si se veía atada al compromiso de no trascender los estrechos límites del programa democrático. “Por eso no puede hablarse de alguna forma especial de dictadura proletaria en el marco de la revolución burguesa, y menos de una dictadura democrática del proletariado (o del proletariado y del campesinado).”²⁴ Pero inmediatamente advirtió que “abandonada a sus propias fuerzas, la clase obrera rusa sería destrozada inevitablemente por la contrarrevolución en el momento en que el campesinado se apartase de ella. No le quedará otra alternativa que entrelazar el destino de su dominación política, y por lo tanto el destino de toda la revolución rusa, con el destino de la revolución socialista en Europa”.²⁵

Nadie había pronosticado hasta entonces un desarrollo semejante para la futura revolución rusa. Los mencheviques deducían del contenido burgués de la revolución el papel dirigente de la burguesía liberal, y afirmaban que precisamente por eso la socialdemocracia no debía integrar el gobierno provisional que bajo esas condiciones se constituiría luego del derrocamiento del zarismo. Parvus, por su parte, coincidía con Trotsky en

²² *Ibid.* Pág. 60.

²³ *Ibid.* Pág. 101.

²⁴ *Ibid.* Pág. 61.

²⁵ *Ibid.* Pág. 102.

el carácter históricamente necesario que adquiriría la dictadura del proletariado para la realización de los fines de la revolución democrática, pero fijaba en los marcos de la etapa democrática los alcances del gobierno obrero. El tránsito hacia el socialismo como producto de un desenvolvimiento combinado de tareas históricas hasta entonces diferenciadas, no estaba en absoluto contemplado. A su juicio en el horizonte de la revolución rusa se dibujaba una democracia según el modelo australiano, en el cual el partido obrero gobernaba pero no dominaba.²⁶

Lenin planteaba el asunto de modo diferente. Sostenía que la consecuencia de la burguesía ponía en mano de los obreros revolucionarios la suerte de la revolución democrática, y replicaba a los mencheviques que serían muy distintas las consecuencias si el resultado de la liquidación del régimen zarista fuera una Constitución a la medida de los liberales, o una dictadura revolucionario-democrática del proletariado y los campesinos. El jefe de la futura Revolución de Octubre explicaba que esta última consigna reconocía plenamente la naturaleza burguesa de la revolución, y la imposibilidad de rebasar de modo inmediato ese marco, pero al mismo tiempo colocaba al proletariado en las mejores condiciones para la lucha que habría de proseguir por el socialismo. El inicio de esa lucha sería posible una vez que hubiera pasado la época de la revolución democrática y resultara “ridículo incluso hablar de ‘unidad de voluntad’ del proletariado y de los campesinos, de la dictadura democrática, etc. Entonces pensaremos de un modo inmediato en la dictadura socialista del proletariado y hablaremos de ella de un modo más detallado”.²⁷ Pero mientras tanto no podría decirse que existiera una conexión entre la cuestión de la república y el socialismo, o que las condiciones objetivas (grado de desarrollo económico) y las condiciones subjetivas (grado de conciencia y de organización de las grandes masas) pusiesen al orden del día el programa máximo.

Por fin, la Revolución de Febrero de 1917 saldó las diferencias.

Bien pronto se vio que el carácter algebraico, indeterminado,^b que Trotsky atribuía a la fórmula de la dictadura democrático-revolucionaria de obreros y campesinos, no podría mantenerse demasiado tiempo, ya que el propio desenvolvimiento de los acontecimientos políticos se encargaba de

²⁶ Trotsky. *La revolución permanente*. Tomo I. Pág. 73. Editorial Coyoacán. 1963.

²⁷ Lenin. *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*. Tomo I. Pág. 561.

definir el peso específico que habrían de adquirir los distintos componentes de clase en la constitución del nuevo poder soviético y, especialmente, en su configuración gubernamental. El 3 de abril de 1917 Lenin asignó un contenido mucho más preciso a su fórmula, y anticipó el giro decisivo en la política del partido bolchevique que lo llevaría a la Revolución de Octubre. Ese día, en la Estación finlandesa de Petrogrado, recién llegado del exilio, explicó a sus seguidores la nueva posición, que momentáneamente lo dejaría en minoría en su propia organización. Al día siguiente leyó sus tesis ante los delegados bolcheviques y mencheviques al Soviet. El 8 de abril el comité bolchevique de Petrogrado rechazó las tesis por 13 votos contra 2 y una abstención.

Ningún apoyo al gobierno provisional, gobierno de capitalistas que traiciona todas su promesas a las masas, y propagandización de los soviets de diputados obreros, “única forma posible de gobierno revolucionario”, eran las consignas encaminadas a reorientar toda la acción del partido desde el amplio horizonte de la dictadura democrática hacia la perspectiva cada vez más cercana de la dictadura del proletariado. Lenin aclaraba en sus tesis que no se trataba de la “implantación” inmediata del socialismo, pero precisaba claramente medidas que apuntaban directamente a una transición: establecimiento inmediato del control de la producción social y de la distribución de los productos por parte de soviets de diputados obreros; nacionalización de todas las tierras bajo control de los soviets de diputados braceros y campesinos; fusión de todos los bancos en un banco nacional único sometido a control soviético. Dos años más tarde, en marzo de 1919, sostuvo ante el congreso partidario que hasta el verano y aún el otoño de 1918, es decir hasta la organización de los comités de campesinos pobres, cuando la lucha de clases fue profundizada en las aldeas por el poder soviético, la Revolución de Octubre había resultado en grado considerable una revolución burguesa. Sin embargo esa revolución de contenido burgués, únicamente pudo desenvolver el programa de sus tareas bajo la dictadura obrera. En esos días Lenin escribió: “en la sociedad capitalista, cuando la lucha de clases inherente a ella experimenta una agudización más o menos seria, no puede haber nada intermedio, nada que no sea la dictadura de la burguesía o la dictadura del proletariado”. En ese mismo texto subrayó que las libertades públicas y la igualdad política para todos, prometida siempre y en todas partes por la democracia burguesa, “la realiza inme-

diatamente y con toda plenitud el Poder soviético, o sea, la dictadura del proletariado”.²⁸

LA REVOLUCIÓN PERMANENTE EN CHINA

Las previsiones de Trotsky encontraron confirmación plena en la Revolución de Octubre. Sin embargo, la historia no volvería a ofrecer la oportunidad de confrontar las proposiciones de la teoría de la revolución permanente en condiciones similares. A pesar de las expectativas de los bolcheviques, la revolución socialista no triunfó en Europa. Del movimiento de huelgas, manifestaciones antibélicas e insurrecciones, que sacudieron el centro del continente desde enero de 1918, provocando el hundimiento del imperio austrohúngaro, la caída de la monarquía alemana, la proclamación de la república soviética de Hungría, y que diera lugar a la multiplicación de consejos obreros y marinos en la costa del Báltico y a los consejos de fábrica en Turín, hacia 1923 quedaba poco y nada, y tras el reflujó emergía triunfante una reacción de nuevo tipo, conocida como fascismo.

Pero mientras tanto la revolución se desplazaba hacia el Oriente. En vida de Trotsky el acontecimiento que focalizó la atención de las corrientes socialistas y terminó de profundizar definitivamente las divergencias en el campo revolucionario abierto en torno a la Unión Soviética, fue la Revolución China. Pero la revolución que estalló en el antiguo imperio de la dinastía manchú resultó, especialmente después de que la política impuesta por Stalin y Bujarín a través de la Internacional Comunista, provocara la virtual liquidación de los cuadros obreros del PCCH a manos de Chang Kai-shek en 1927, una revolución agraria dirigida por un partido comunista. Sólo cuando Mao Tse-tung, que en todo momento proclamó el carácter burgués de la revolución, no puso en entredicho el “bloque de las cuatro clases”, ni desafió la autoridad de Stalin, pero siguió su propio camino, entró victorioso en 1949 a las ciudades al frente de los ejércitos guerrilleros, la revolución pasó a una nueva fase. Fueron la ideología revolucionaria de los cuadros del partido construido por Mao, la hostilidad del imperialismo, los alineamientos internacionales y la presencia gravitacional de la Unión

²⁸ Lenin. *Tesis e Informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado* (Presentado ante el I Congreso de la Internacional Comunista el 4 de marzo de 1919). Reproducido en *Obras Escogidas*. Tomo 3. Pág. 154. Editorial Progreso. Moscú 1961.

Soviética, obligada a pesar de su desconfianza a prestar apoyo a un movimiento en el que no había creído, las circunstancias que confrieron un carácter excepcional a la Revolución China y establecieron condiciones de transición hacia el socialismo.^c

¿Se cumplieron en China, en algún sentido, las previsiones de la teoría de la revolución permanente?

Luego de las crueles derrotas de la clase obrera industrial en 1927, los cuadros del Partido Comunista abandonaron las ciudades y el movimiento adquirió las características de una revolución campesina. Siete años de resistencia heroica en las Bases Rojas de Hunan y Kiangsi, el repliegue conocido como la Larga Marcha y, finalmente, la guerra antijaponesa, le dieron al maoísmo su configuración definitiva. Durante ese período el Partido Comunista Chino obró como el portavoz y la dirección de una revolución agraria, encaminada a destruir el régimen de sometimiento impuesto por terratenientes y prestamistas sobre el campesinado, y a llevar adelante la empresa de la reunificación nacional. Sobre la base de este orden de tareas, Mao afirmó el carácter burgués de la Revolución China. Trotsky, por su parte, reconoció el alcance y la importancia del movimiento revolucionario que agitaba al campo chino. Sin embargo veía con aprehensión el abandono de las ciudades. Seguía creyendo que en los centros urbanos, es decir en la clase obrera industrial, residía la única dirección posible de la revolución y advertía sobre el peligro de que el desplazamiento territorial se consolidara como desplazamiento político, es decir, que los ejércitos maoístas al entrar en las ciudades como representantes de una revolución campesina de alcance burgués, se enfrentaran al proletariado industrial cuando éste decidiera impulsar medidas de transición al socialismo.²⁹

Sin embargo nada de esto ocurrió. La revolución campesina superó la fase burguesa al igual que lo había hecho la Revolución Rusa, y avanzó en dirección al socialismo, a pesar de que al llegar el momento de la victoria definitiva, en octubre de 1949, el proletariado prácticamente diezmado por la política de desmantelamiento industrial que practicó el invasor japonés, no estuvo en condiciones de jugar un papel relevante. Así y todo, la teoría de la revolución permanente confirmó en China uno de sus aspectos

centrales: una revolución agraria, democrática y antiimperialista no puede consolidarse a menos que inicie transformaciones sustanciales en el régimen de propiedad y profundice las tareas que abren un cauce de transición. En este sentido Mao y sus compañeros se ajustaron a lo que dictaba la experiencia de los revolucionarios rusos. Para lograr la unificación de China y arrancarla del atraso al que la había sometido un capitalismo semicolonial y un anacrónico régimen terrateniente de rasgos patriarcales, era imprescindible adoptar medidas que sin ser en sí mismas socialistas, abrían una vía de transformaciones revolucionarias en esa dirección. Por lo tanto, la nacionalización de la industria, los transportes y las finanzas, así como la planificación económica, se constituyeron en los resortes fundamentales para el desenvolvimiento de un orden de tareas de contenido inicialmente nacional-democrático.

EL DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO

Tanto en Rusia como en China una situación revolucionaria, configurada por un orden de tareas burgués en sus orígenes, rompió los límites de la burguesía siguiendo el impulso que le impusieron sus fuerzas motrices. En los dos casos la burguesía trató de frenar la revolución y fijar sus límites en los términos de un acuerdo con las antiguas clases poseedoras. En definitiva, el régimen de relaciones de propiedad que protegía los derechos de clases, cuyo carácter socialmente parasitario se había vuelto insoportable, se convirtió en una barrera infranqueable para quienes intentaron circunscribir el período decisivo de la lucha, aquel en el que todas las contradicciones estallan, en el marco de un programa de reformas graduales.

En Rusia el proletariado jugó el papel que, de acuerdo con el contenido de la revolución, debía haber desempeñado la burguesía liberal. En China la iniciativa de la revolución durante el período crítico que se prolongó entre 1925 y 1927, la tuvo la clase trabajadora. Y aún después de las derrotas que culminaron con el aplastamiento del levantamiento de Canton, fue el partido formado en la escuela del marxismo-leninismo, el que ocupó el puesto de mando de la revolución.

En ambos casos las condiciones subjetivas habían madurado sobre el terreno de condiciones objetivas caracterizadas por la persistencia de relaciones de producción y de propiedad que obstaculizaban un desenvol-

vimiento pleno del régimen del capital. Sin embargo, las revoluciones en curso habrían de diferenciarse en un aspecto decisivo de las revoluciones burguesas de los siglos XVII y XVIII. Al igual que entonces las clases dominantes del antiguo régimen ya no estaban en situación de ejercer el poder, y las masas de clase media y de pequeña burguesía buscaban en la burguesía liberal una nueva jefatura para dirigir la Nación. Pero cien años más tarde, esta clase se rehusaba a asumir esa responsabilidad. Al igual que las condiciones objetivas, las condiciones subjetivas estaban ya maduras. Sin embargo, ¿cuál sería el sujeto social en que habría de encarnar el programa de la revolución?

Las revoluciones del siglo XX demostraron que la correspondencia entre la naturaleza de clase del grupo dirigente y el carácter de las tareas verificada en los siglos XVII y XVIII, estaba quebrada.^d Quedó en claro que en la era del imperialismo las condiciones objetivas (nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, estructura de las relaciones de producción) y las condiciones subjetivas (papel de las clases sociales) no estaban alineadas y que, precisamente, este desfase le confería una nueva dialéctica a los procesos revolucionarios. Trotsky observó entonces que la historia seguía un desenvolvimiento desigual y combinado. De forma tal, bajo el capitalismo los países atrasados y dependientes no estaban condenados a atravesar por cada una de las fases que habían caracterizado la marcha de las naciones avanzadas. Es más, la historia había demostrado que la asimilación de los conocimientos y las prácticas productivas de la cultura más adelantada, había permitido a Alemania y Estados Unidos, países relativamente atrasados en el siglo XIX, superar a Gran Bretaña, el capitalismo que había marcado rumbos hasta entonces. Trotsky escribió que “el desarrollo de una nación históricamente atrasada hace, por fuerza, que se confundan en ella, de una manera característica, las distintas fases del proceso histórico. Y puntualizó lo siguiente: “aquí el ciclo presenta, enfocado en su totalidad, un carácter irregular, complejo, combinado”.³⁰

Ese carácter combinado debía necesariamente impactar sobre los realineamientos de clase en los países atrasados. La presencia de enclaves

de civilización capitalista con sus correspondientes relaciones sociales, la proletarianización de una parte (minoritaria) de las masas campesinas, la debilidad de la burguesía nativa frente al capital extranjero y, en definitiva, la persistencia de una institucionalidad de corte autocrático, creaban un balance de fuerzas que escapaba a los patrones clásicos de las revoluciones democrático-burguesas. “Consecuencia de nuestro atraso histórico, en las condiciones en que nos colocó el cerco imperialista, fue que nuestra burguesía no tuviese tiempo para dar el empujón al zarismo antes de que el proletariado se erigiera en fuerza revolucionaria independiente”, afirmó Trotsky en septiembre de 1930, puesto a explicar la dialéctica que guió los extraordinarios acontecimientos de 1905 y 1917.³¹

En la concepción de la revolución permanente la jefatura obrera figura como la condición número uno para la revolución nacional-democrática. En caso contrario la lucha antiimperialista alcanzará resultados muy reducidos, “dirigidos enteramente contra las masas trabajadoras”.³²

Ahora bien, ¿qué alternativa ha de presentársele a la revolución cuando una determinada situación histórica madura más allá de las posibilidades de la burguesía, pero el proletariado no está aún preparado para asumir la responsabilidad de imponer una solución al conjunto de la Nación? Trotsky se enfrentó al problema al final de su vida de revolucionario, en un escenario por entero diferente al que rodeó las intensas luchas políticas en Europa y Oriente en las décadas del 20 y del 30.

LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA

En enero de 1937 el fundador del Ejército Rojo desembarcó en el puerto mexicano de Tampico, e inició la última etapa de su largo exilio. En 1929 había sido expulsado de la Unión Soviética como consecuencia de la clausura del ciclo de la Revolución de Octubre y el consiguiente proceso de burocratización del Estado obrero y del partido, que terminó inclinando la balanza del poder a favor de la fracción centrista dirigida por Stalin. Durante varios años la isla turca de Prinkipo, luego Francia de donde fue deportado, y por fin Noruega, cuyo gobierno “socialista” cediendo a las

³¹ *Ibid.* Tomo I. Pág. 535.

³² Trotsky. *La revolución permanente*. Tomo II. Pág. 69.

presiones de su influyente vecino soviético se deshizo de su inquietante presencia, fueron los destinos que atravesó antes de instalarse definitivamente en tierra latinoamericana. Cincuenta países habían rehusado recibirlo antes que el general Lázaro Cárdenas lo aceptara como exilado y huésped del gobierno mexicano.

En México, la revolución agraria y democrática iniciada en 1910, había recobrado nuevo impulso a través de una serie de medidas nacionalistas. En marzo de 1938 la nacionalización de la industria petrolera controlada por capitales ingleses y norteamericanos, subrayó enérgicamente el alcance del viraje producido. Trotsky escribió entonces que bajo el gobierno de Cárdenas el México semicolonial estaba librando una batalla por su independencia política y económica, y asimiló esa lucha nacional a la guerra revolucionaria que libraron los norteamericanos, primero para independizarse de Gran Bretaña, y luego para abolir la esclavitud e imponer la unidad del país. Recordó que la guerra civil norteamericana fue librada por el Norte contra el Sur con la finalidad de abrir el camino a una sociedad burguesa democrática e independiente, y señaló que precisamente en esa misma tarea histórica estaba empeñado el gobierno mexicano. Tarea comparable a la que habían desarrollado en su país Washington, Jefferson, Lincoln y el general Grant. Para los trabajadores la actitud a asumir ante el acontecimiento no podía ofrecer dudas. “Sin renunciar a su propia identidad, todas las organizaciones honestas de la clase obrera del mundo entero y principalmente en Gran Bretaña, tienen el deber de asumir una posición irreconciliable contra los ladrones imperialistas, su diplomacia, su prensa y sus áulicos fascistas. La causa de México, como la causa de España, como la causa de China, es la causa de la clase obrera internacional. La lucha por el petróleo mexicano es sólo una de las escaramuzas de vanguardia de las futuras batallas entre los opresores y los oprimidos”, escribió en junio de 1938.³³

La expropiación de los capitales petroleros británicos y norteamericanos escandalizó a las democracias imperialistas en vísperas de entrar en guerra con los regímenes del Eje. La medida incluso fue atacada desde sectores de Frente Popular constituido en las metrópolis por socialistas y

³³ Trotsky. *Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina*. Pág. 21. Editorial Coyoacán.

comunistas, en alianza con el ala izquierda de la burguesía.^e En marzo de 1938 la III Internacional hacía casi tres años que había dejado atrás la política ultraizquierdista del Tercer Período y reorientado su línea bajo la consigna “democracia o fascismo”.^f La política que había llevado a la división del movimiento obrero, denunciando al reformismo socialdemócrata como socialfascismo y facilitando el ascenso de Hitler y Mussolini al poder, fue sustituida por una táctica unitaria que tenía la reivindicación del régimen democrático como piedra angular. Lenin había desmitificado toda relación de equivalencia entre los conceptos de libertad, igualdad y justicia respecto a la democracia burguesa, y había subrayado que los objetivos democráticos se vinculaban exclusivamente con la dictadura del proletariado.^g La dirección de la Internacional, en cambio, subsumió las manifestaciones políticas del antagonismo de clase en una línea de acuerdos con las burguesías imperialistas de signo democrático, enfrentadas a las burguesías imperialistas de signo fascista.

Trotsky, por su parte, se afirmó en la tradición del marxismo revolucionario. Denunció la línea del Frente Popular y reivindicó un aspecto central de la teoría leninista sobre el imperialismo: la contradicción irreductible entre naciones dominantes y países coloniales y semicoloniales;^h insistió una y otra vez que el enfrentamiento con los regímenes fascistas no modificaba la naturaleza del imperialismo norteamericano, inglés o francés,ⁱ y sostuvo que para combatir al fascismo había que luchar contra el imperialismo. Una política revolucionaria, a riesgo de perder el rumbo, no podía confundir bajo ninguna circunstancia el objetivo principal del enfrentamiento. Por eso, en una conversación con el militante obrero argentino, Mateo Fossa, sostuvo, a modo de ejemplo, que en una guerra entre el Brasil “fascista” y la Gran Bretaña “democrática” no había duda que había que estar con el país semicolonial. No se trataría en este caso de un conflicto entre la democracia y el fascismo. Si el resultado fuera una victoria británica, un nuevo dictador ocuparía el poder en Río de Janeiro, mientras que si el desenlace fuera el inverso, la conciencia nacional y democrática cobraría fuerte impulso en la semicolonía, y colocaría al proletariado del país imperialista ante la oportunidad de dar batalla revolucionaria a su burguesía.^j

En consecuencia, a la luz de la divisoria fundamental entre naciones opresoras y naciones oprimidas, la noción de democracia adquiriría un

significado diferente. En efecto: “Para México, por ejemplo, democracia significa el deseo de un país semicolonial de escapar a la dependencia, de darles la tierra a los campesinos, de elevar el nivel cultural de los indios, etc. En otras palabras, los problemas democráticos en México son de carácter progresivo y revolucionario. ¿Y qué quiere decir democracia en Gran Bretaña? La conservación de lo que existe, sobre todo el dominio de la metrópoli sobre las colonias. Lo mismo se aplica en Francia. En estos países las banderas de la democracia ocultan la hegemonía imperialista de la minoría privilegiada sobre la mayoría oprimida”.³⁴

Trotsky, al igual que Marx y Engels, no fue un simple comentarista de los acontecimientos mundiales. Ante la conflagración inminente, sus análisis y definiciones se guiaron según las exigencias de la lucha revolucionaria del proletariado y las masas oprimidas. Frente al fascismo defendió incondicionalmente a la Unión Soviética, a la que consideraba un estado obrero degenerado. Sin embargo, en modo alguno estaba dispuesto a sacrificar la suerte de los pueblos coloniales y semicoloniales a las necesidades de una política internacional, fundada en los intereses nacionales de la burocracia que había estrangulado la Revolución de Octubre. “El futuro de la humanidad está inseparablemente ligado con el destino de la India, China, Indochina, Latinoamérica y Africa. La simpatía activa, la amistad y el apoyo de los genuinos revolucionarios, de los socialistas y demócratas honestos está completamente del lado de estos pueblos —que constituyen la mayoría de la humanidad— y no del lado de sus opresores, no importa con que máscara política se presenten”, escribió en un documento de agosto de 1938. Al mismo tiempo tenía bien presente que sólo a la luz de la perspectiva de la lucha de clases, son inteligibles para el marxismo las batallas que libran los pueblos de la periferia capitalista, y que sólo desde el punto de vista de esa perspectiva le es posible al proletariado formular un programa emancipador. Por eso habiendo sostenido que “el fascismo es la forma más salvaje y abominable del imperialismo”, afirmó que “en los países atrasados el camino para oponerse al fascismo es ante todo el camino de la lucha revolucionaria por la independencia nacional y la transformación radical de las relaciones agrarias. Sin la revolución agraria no hay indepen-

³⁴ Artículo publicado en octubre de 1938. *Escritos Latinoamericanos*. Pág. 86.

dencia nacional ni salvación contra el fascismo”.³⁵

LAS LECCIONES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Al escribir estas líneas Trotsky pensaba en España. Luego de dos años de guerra civil, la tragedia del movimiento obrero atrapado en la falsa disyuntiva —guerra o revolución— había arrojado enseñanzas, cuyo extraordinario significado ningún militante socialista honesto podría en lo sucesivo ignorar sin sellar la suerte de su causa. En España socialistas y stalinistas aplicaron hasta sus últimas consecuencias la política del Frente Popular, y a pesar del heroísmo que desplegó la clase trabajadora, la revolución quedó de antemano condenada a la derrota. En buena medida este resultado estaba inscripto en el documento fundacional firmado en Madrid el 15 de enero de 1936. Ese documento establecía las normas de gobierno a que habrían de ceñirse los partidos republicanos de izquierda con el apoyo de las fuerzas obreras. “Los republicanos no aceptan el principio de la nacionalización de la tierra y su entrega gratuita a los campesinos”, decía en uno de sus puntos clave. Asimismo, “no aceptan los partidos republicanos las medidas de nacionalización de la banca... el control obrero... solicitado por la representación del Partido Socialista (...) la República que conciben los partidos republicanos no es una república dirigida por motivos sociales o económicos de clases, sino un régimen de libertad democrática impulsado por motivos de interés público e interés general”.³⁶

Estas condiciones aceptadas por socialistas y comunistas habrían de decidir el resultado de la guerra civil y de la revolución a favor de las fuerzas franquistas. Desde su exilio en Noruega y luego en México, Trotsky siguió los sucesos en España con extraordinario interés. No pudo incidir en su desenvolvimiento y terminó rompiendo políticamente con el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), con cuya ala izquierda encabezada por Andrés Nin y Juan Andrade, mantuvo importantes coincidencias, una vez que éstos decidieran en septiembre de 1936 el ingreso del partido al gobierno del Frente Popular constituido en Cataluña. Trotsky, por el

³⁵ Documento de agosto de 1938, preparado posiblemente con vistas al próximo Congreso contra la Guerra y el Fascismo. *Escritos Latinoamericanos*. Pág. 84.

³⁶ Citado por Pierre Broué en *Trotsky y la guerra civil española*. Pág. 34. Editorial Jorge Alvarez. 1966.

contrario, había escrito en abril de 1937: “el único camino para asegurar la victoria en España es decir a los campesinos: ‘la tierra española es vuestra tierra’; decir a los obreros: ‘las fábricas españolas son vuestras fábricas’. Es la única posibilidad de asegurar la victoria. Stalin, para no asustar a la burguesía francesa, se ha convertido en guardián de la propiedad privada en España. El campesino español no se interesa demasiado por las bellas definiciones”.³⁷ En diciembre de ese mismo año insistió una vez más: “Es sólo por la subversión de las relaciones sociales en el campo que se podría hacer del campesino, masa principal de la población, una muralla poderosa contra el fascismo. Más, los propietarios de la tierra están ligados por lazos indisolubles a la burguesía comercial e industrial y a la inteligencia burguesa que depende de ella. El partido proletario se encuentra, de este modo ante la necesidad de escoger; o con las masas o con la burguesía liberal. Incluir en una coalición común a los campesinos y a la burguesía liberal, no puede tener más que un objeto: ayudar a la burguesía a engañar a los campesinos y aislar de ese modo a los obreros. La revolución agraria no podía realizarse más que contra la burguesía, y por consecuencia, sólo por medio de las medidas de la dictadura del proletariado. No existe ningún régimen intermedio”.³⁸

En España el advenimiento de la República en 1931 no había resuelto la cuestión agraria. En ese entonces dos millones de trabajadores agrícolas no tenían propiedad alguna mientras que 50.000 grandes terratenientes poseían la mitad de las tierras.³⁹ En 1936 al estallar la guerra civil el problema estaba candente, y de la forma como se lo abordase dependería, en grado decisivo, la actitud de los campesinos hacia la revolución. La consigna del Frente Popular —primero ganar la guerra y luego hacer las reformas sociales— terminó diluyendo el potencial revolucionario que había desplegado el proletariado en julio de 1936 ante el levantamiento militar, y en mayo de 1937, en Barcelona, en respuesta a la provocación del Partido Socialista Unificado de Cataluña contra los trabajadores de la Telefónica. Ese orden de prioridades desorientó primero y desmoralizó después a las

³⁷ Exposición de Trotsky ante la Comisión Dewey formada para investigar los Procesos de Moscú. Reproducido en *La revolución española*. León Trotsky. Pág. 261. El yunque editora. 1973.

³⁸ León Trotsky. *La revolución española*. Pág. 152. El Yunque Editora.

³⁹ Pierre Broué y Émile Témime. *La revolución y la guerra de España*. Tomo I. Pág. 27. Fondo de Cultura Económica. 1962.

masas dispuestas a la revolución, y terminó facilitando la tarea de la reacción franquista.

En México la cuestión agraria era, con igual o mayor razón que en España, el eje de la revolución. En 1910, al comienzo del movimiento revolucionario, de una población de 15 millones de almas, alrededor de 12 millones dependían del salario de 3 millones de jornaleros agrarios que ganaban en moneda mexicana el equivalente de 18 a 25 centavos de dólar diarios, cifra similar a la que recibían sus antepasados un siglo atrás, con la particularidad de que en ese lapso se había producido un encarecimiento de 100% del precios de los alimentos básicos.⁴⁰ Poco más de un cuarto de siglo más tarde, a pesar de las medidas del gobierno de Cárdenas, la cuestión agraria seguía pendiente para millones de jornaleros, así como para las capas más bajas del campesinado. En consecuencia las tareas nacionales y democráticas, que se sintetizaban en la ruptura de la dependencia y la entrega de tierras a los campesinos, constituían para Trotsky los puntos centrales de programa revolucionario del proletariado para el conjunto de las masas explotadas.

Unos años antes había dado cuenta del significado y el alcance que otorgaba a este tipo de tareas nacionales en un continente fragmentado por más de un siglo de balcanización imperialista. En 1934 escribió: “Los países de Sud y Centro América no pueden librarse del atraso y del sometimiento si no es uniendo a todos sus Estados en una poderosa federación. Esa grandiosa tarea histórica no puede acometerla la atrasada burguesía latinoamericana, representación completamente prostituída del imperialismo, sino el joven proletariado latinoamericano, señalado como fuerza dirigente de las masas oprimidas. Por eso, la consigna de lucha contra las violencias e intrigas del capital financiero internacional y contra la obra nefasta de la camarillas de agentes locales, es: ‘Los Estados Socialistas de Centro y Sud América’.”⁴¹

⁴⁰ Citado por Jorge Abelardo Ramos en *Historia de la Nación Latinoamericana*. Pág. 388. A. Peña Lillo, Editor. 1968.

⁴¹ Artículo reproducido en *Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina*. Pág. 30. Editorial Coyoacán. 1961.

EL EQUILIBRIO POLÍTICO DE LA SOCIEDAD SEMICOLONIAL

Sin embargo, la importancia de sus escritos latinoamericanos no se circunscribió al hecho de subrayar enérgicamente la posición del socialismo revolucionario respecto de los pueblos de la periferia capitalista. En efecto, a la luz de la experiencia cardenista era visible la estructura de una sociedad semicolonial, cuyo sistema de poder giraba en torno a un particular equilibrio de clases, particularidad que, por cierto, exhibía rasgos similares en otros países de la región.

En México la burguesía nacional no ejercía directamente el poder, sino que era la pequeña burguesía cardenista la que llevaba adelante las tareas encuadradas como democrático-burguesas, valiéndose del apoyo del campesinado y los trabajadores fabriles para neutralizar las presiones del imperialismo. La razón de esta particular correlación de fuerzas residía en la gravitación que había alcanzado la inserción del capital extranjero en la economía nacional.

En los años treinta, México asistió a un acelerado proceso de industrialización. Entre 1930 y 1935 los capitales invertidos en la estructura fabril casi se habían duplicado, y otro tanto había ocurrido con el valor de la producción, mientras que hacia mediados de la década el valor de las exportaciones superaba en dos tercios el de las importaciones. El motor de ese proceso era la inversión extranjera radicada en más del 50% en las ramas extractivas y productoras de materias primas y semielaboradas, además de la red ferroviaria. El capital proveniente de Estados Unidos se había expandido más de diez veces entre 1900 y 1938 y, seguido por el de origen británico, jugaba un papel decisivo en la estructura de la economía mexicana. Correlativo a este desenvolvimiento adelantó un proceso de proletarización de masas que en los años veinte produjo un crecimiento de alrededor de 40% de las fuerzas de la clase trabajadora. Hacia finales de la década siguiente más de un millón de asalariados estaban incorporados al aparato industrial, de los cuales aproximadamente 200.000 se concentraban en el Distrito Federal.⁴²

En consecuencia, a medida que el capitalismo avanzaba, incorpo-

⁴² Artículo publicado en *Clave* en abril de 1939. Reproducido en *Escritos Latinoamericanos*. Pág. 222. *Clave*, editada en México entre octubre de 1938 y mayo de 1940, fue la revista política a través de la cual expresó sus posiciones la IV Internacional.

rando nuevas capas de la sociedad mexicana a un patrón de acumulación con eje en las metrópolis imperialistas, el capital extranjero y el proletariado tendían a constituirse en los dos polos políticamente gravitantes. En medio de esta tensión la burguesía nativa jugaba un papel intermedio. Vinculada en muchos casos como fuerza auxiliar a las corporaciones extranjeras, mantenía diferencias de todas formas respecto al control del mercado interno. En ese sentido coincidía con el interés del proletariado sobre la expansión de ese mercado pero, conocedora de su antagonismo de clase, observaba con desconfianza el crecimiento de las fuerzas obreras.

En un notable artículo escrito en mayo de 1939, Trotsky dio cuenta de esta situación: “En los países industrialmente atrasados, el capital extranjero juega un papel decisivo. De aquí la debilidad relativa de la burguesía ‘nacional’ respecto al proletariado ‘nacional’. Esto da origen a condiciones especiales de poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el doméstico, entre la débil burguesía nacional, y el proletariado relativamente poderoso. Esto confiere al gobierno un carácter bonapartista *sui generis*, un carácter distintivo. Se eleva, por decirlo así, por encima de las clases. En realidad puede gobernar ya convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y aherrrojando al proletariado con las cadenas de una dictadura policial o bien maniobrando con el proletariado y hasta llegar a hacerle concesiones y obtener así la posibilidad de cierta independencia respecto a los capitalistas extranjeros. La política actual (*del gobierno mexicano*) está en la segunda etapa; sus más grandes conquistas son las expropiaciones de los ferrocarriles y de las industrias petrolíferas”.⁴³

MARX, ENGELS Y EL CONCEPTO DE BONAPARTISMO

El término bonapartismo había sido utilizado casi un siglo atrás por Carlos Marx para caracterizar el régimen instaurado en Francia por Luis Napoleón, tras el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851. Bajo condiciones de inestabilidad política, determinadas por los enfrentamientos entre las fracciones de la burguesía, y ante la imposibilidad del movimiento obrero de imponer su programa tras la cruel derrota de junio de 1848, la irrupción

⁴³ Trotsky. *La administración obrera en la industria nacionalizada*. Reproducido en *Por los Estados Unidos de América Latina*. Pág. 25. Ed. Coyoacán. 1961.

de un antiguo conspirador apoyada en la masa de campesinado de tendencia conservadora, posibilitó reestructurar el bloque de las clases dominantes y desarrollar una política burguesa por sobre las contradicciones de esa clase. Dos décadas más tarde, Engels, al juzgar el régimen establecido por Bismark en Alemania en la segunda mitad del siglo XIX, destacó como condición fundamental del bonapartismo moderno el equilibrio de fuerzas existente entre la burguesía y el proletariado.

En las circunstancias históricas en que fue analizada por los clásicos del marxismo, la solución bonapartista tenía origen en una particular inestabilidad política en la cumbre del poder, provocada por las contradicciones de la clase que debía ejercer la jefatura de la Nación. En Francia de mediados del siglo XIX, ese momento desequilibrante se desarrolló entre la revolución de febrero de 1848 y fines de 1851. Particularmente, en vísperas del golpe de Estado bonapartista, las tensiones entre las fracciones de las clases gobernantes alcanzaron una intensidad excepcional. En el enfrentamiento entre la Presidencia, ejercida por Bonaparte, y la mayoría de la Asamblea Nacional, integrada por legitimistas y orleanistas, representantes de los grandes terratenientes los primeros, y de las corporaciones industriales y la aristocracia financiera, los segundos y, simultáneamente, en la lucha entre estas dos fracciones monárquicas, que contaban con la simpatía del grueso de la burguesía, se resumió el aspecto sustancial de la crisis de hegemonía que abriría paso a una recomposición del poder. Marx estudió el proceso de fragmentación de legitimistas y orleanistas entre sí y dentro de su propias filas, destacó la ruptura entre la burguesía y sus intelectuales orgánicos, en el parlamento, los partidos y el periodismo, y el vuelco final de esa clase hacia la Presidencia, atemorizada por la asociación que hacía el burgués de carne y hueso entre la creciente inestabilidad política y el agravamiento de la crisis industrial.⁴⁴ El golpe de Estado del 2 de diciembre que coronó a Bonaparte emperador de Francia, resultó, en definitiva, la solución que aceptó la burguesía con vistas a reestructurar y unificar el bloque dominante bajo un nuevo equilibrio de clases, dentro del cual, el proletariado, si bien relegado al fondo de la escena luego de la salvaje represión que siguió a la insurrección de junio de 1848, era desde ese momento, y lo sería en adelante, una presencia amenazante.

⁴⁴ Carlos Marx. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Pág. 119. Ediciones Ariel. 1968.

Bonaparte no expresaba a ningún sector de la burguesía en particular. Al decir de Marx, Bonaparte representaba a la clase más numerosa de la sociedad francesa: el campesinado parcelario, liberado del estado de semi-servidumbre por la revolución de 1789, y arruinado y pauperizado a lo largo del siglo XIX por la deuda hipotecaria y la carga impositiva, es decir, por el capital usurario y la burocracia estatal. Una clase sin conciencia de clase más allá de sus intereses inmediatos y localistas, mayoritariamente conservadora, y necesitada de ser unificada políticamente por la irrupción de una influencia externa. Sus votos le dieron a Bonaparte la victoria electoral de diciembre de 1848, y lo colocaron en una situación arbitral en medio de la crisis de representatividad que terminó por hundir en el descrédito a las distintas fracciones políticas de la burguesía.

Engels, por su parte, siguió de cerca el proceso de unificación de Alemania que culminó tras la guerra que puso fin a la Francia imperial en 1871. Un año después, en tres artículos que escribió para el órgano de prensa del partido socialdemócrata alemán, estudió la particular correlación de clases sociales, sobre el cual se asentó la solución de corte bonapartista que particularizó al capitalismo que se expandió al este del Rin.

En Alemania el centro unificador no fue la burguesía renana, sino los junkers prusianos, expresión de la nobleza terrateniente del este europeo. Engels caracterizó a esa burguesía como “relativamente joven y notablemente cobarde”, incapaz hasta del momento de apoderarse del poder político en forma directa, como en Francia, o indirecta, como en Inglaterra. Junto a éstas dos clases había cobrado fuerza y organización un movimiento obrero en pleno desarrollo. “Encontramos aquí, pues, junto a la condición fundamental de la antigua monarquía absoluta, el equilibrio entre la nobleza terrateniente y la burguesía, la condición fundamental del bonapartismo moderno: el equilibrio entre la burguesía y el proletariado”, escribió el fundador del socialismo científico.⁴⁵

Ese equilibrio de clases tenía que ver con la relación de fuerzas que la derrotada revolución de 1848 dejó la desnudo: la burguesía liberal era incapaz de hegemonizar el programa de reformas capitalistas, y los trabajadores, principales protagonistas de los acontecimientos revolucionarios, no

⁴⁵ Federico Engels. *El problema de la vivienda*. Pág. 171. Publicado junto a *La guerra de campesinos en Alemania*. Editorial Claridad. 1971.

habían alcanzado un desarrollo de clase suficiente para imponer su propia política. La nobleza junker, en cambio, en posesión del Estado prusiano, estaba en condiciones de encuadrar en un marco político-institucional que conservaba aún raíces feudales, el proceso de transformación que experimentaban las fuerzas productivas.

En Alemania el desenvolvimiento de las nuevas relaciones de producción no siguió el curso previsible de una revolución burguesa. En efecto, la ausencia de un componente jacobino llevó al pacto de la burguesía industrial del oeste con los terratenientes del este: una revolución burguesa sin revolución. Este pacto fue el fundamento de la Constitución del Norte de Alemania en 1867 y luego de la Constitución de 1870, en la cual Prusia conservó su propia constitución estamental y buena parte de sus prerrogativas; sin embargo resultó, en definitiva, el soporte institucional de la construcción de un Estado capitalista. La expansión de Prusia hacia occidente como consecuencia de los acuerdos del Congreso de Viena en 1815 le dio al proceso un carácter irreversible. En el este prusiano la reforma agraria del año siguiente abrió el camino a la expansión de una agricultura de tipo capitalista basada en relaciones salariales, aunque encorsetadas bajo un estricto estatuto feudal, mientras que en el otro extremo del imperio, en la zona de Renania-Westfalia se producía un rápido desarrollo fabril, particularmente en la industria pesada. La burocracia estatal, constituida en su masa por la pequeña nobleza de mayorazgo, pero integrada en sus capas superiores por la antigua aristocracia, unificó estos desarrollos mediante la Unión Aduanera que entre 1818 y 1836 vinculó a los pequeños estados alemanes con Prusia, y excluyó a Austria del proceso de unificación. Bajo estas condiciones la solución bonapartista que adquirió con Bismark caracteres nítidos, representó la coalición de la burguesía liberal, incapaz de lograr sus propósitos apelando a métodos revolucionarios, con la antigua nobleza junker, dominante en la estructura estatal y con poder decisivo sobre la maquinaria militar.⁴⁶

Engels, al igual que Marx, observó la expansión del aparato estatal y el grado de autonomía que parecía ganar la burocracia respecto a las clases sociales. Señaló que a la sombra de ese crecimiento, en un proceso caracterizado por el rápido desarrollo de la industria, de los negocios bursátiles

⁴⁶ Perry Anderson. *El Estado absolutista*. Págs. 263 y siguientes. Siglo XXI Editores. 1996.

fraudulentos y de la corrupción de los funcionarios, se estaba produciendo la transición de la vieja monarquía absoluta en descomposición hacia formas propias del Estado capitalista.

EL BONAPARTISMO EN LOS PAÍSES ATRASADOS

En Francia el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 estuvo destinado a consolidar el orden existente y a superar la crisis gubernamental que experimentaban las fracciones de la burguesía. En Alemania de mediados del siglo XIX el camino prusiano fue la vía por la que transcurrió una transformación burguesa sin revolución. En el México, en el que vivió sus últimos días uno de los jefes de la Revolución de Octubre, el bonapartismo adquirió otro significado.^k

Al analizar las consecuencias de la nacionalización del petróleo y los ferrocarriles Trotsky observó que en los países atrasados el gobierno, sobre la base de medidas de capitalismo de Estado, "se eleva, por así decirlo, por encima de las clases". Reflejando un particular equilibrio establecido a partir de las contradicciones existentes entre el capital extranjero y el capital local, entre la burguesía nacional y el proletariado, la estructura estatal de corte bonapartista o semibonapartista, adquiriría cierta autonomía para desarrollar el programa nacional-burgués, que las burguesías nativas, débiles y vacilantes ante el capital imperialista, se rehusaban a impulsar. Sin embargo esta posibilidad dependía de las inclinaciones del campesinado. Si este se mostraba favorable a la burguesía, entonces se consolidaría un tipo de Estado semibonapartista, semidemocrático, con tendencias hacia las masas.⁴⁷ En caso contrario, si la burguesía se colocaba bajo el tutelaje del imperialismo, el resultado sería la imposición de un régimen fascista como el que según Trotsky gobernaba el Brasil de Vargas.^l

En el México cardenista de la segunda mitad de los años '30 se desarrolló hasta el límite de sus contradicciones de clase la primera de esas alternativas. Cárdenas ascendió al poder y gobernó con el apoyo del campesinado, y por lo tanto un capítulo central de su política tuvo que ver con la profundización del proceso de reforma agraria, estancado desde los

⁴⁷ Discusión sobre América Latina realizada en Coyoacan en noviembre de 1938. versión sintética reproducida en *Escritos Latinoamericanos*. Pág. III.

años 20, particularmente el impulso a las formas de explotación colectiva a través de sistema ejidal, la difusión de la educación pública (llamada educación socialista) entre las más amplias masas populares, al igual que los programas de salud y la sindicalización de los campesinos. Simultáneamente, al promediar la década del 30 se abrió un período de importantes luchas reivindicativas y de firme expansión de las organizaciones de obreros, especialmente entre los trabajadores del Estado y los de la industria del petróleo. En esos diez años la fuerza de trabajo aumentó 10%, pero la sindicalización se multiplicó por tres. El gobierno de Cárdenas apoyó estos desenvolvimientos mientras afirmaba la influencia del Estado sobre las organizaciones gremiales.

Trotsky destacó como característica de esa etapa, el intento de la burguesía nacional de alcanzar cierto grado de independencia frente al imperialismo. La inclinación del gobierno hacia la izquierda se correspondía con esta necesidad, del mismo modo que la política de reforma agraria le aseguraba el apoyo fundamental del campesinado, a la vez que abría un mercado de masas a los capitalistas nativos. En la medida que ese proceso avanzara en una línea de enfrentamiento con el imperialismo o sus agentes fascistas locales, el partido revolucionario debía dar su apoyo, conservando estricta independencia política y organizativa. En definitiva, lo que se desenvolvía a través de los realineamientos de corte bonapartista o semibonapartista no era otra cosa que la política de Frente Popular. En este sentido el Kuomintang en China, el APRA en Perú y el PRM en México, tenían como característica común la de ser manifestaciones de frente popular bajo la forma de partido. Sin embargo, Trotsky advertía que el Frente Popular en América Latina no encerraba necesariamente un carácter reaccionario como en Francia o España. Habría de adquirir ese contenido en la medida en que estuviera dirigido contra los obreros; por el contrario desempeñaría un papel progresivo en una confrontación con el capital imperialista.⁴⁸

En base a estos análisis Trotsky definió sus opiniones políticas sobre el gobierno de Cárdenas. Consideró la revolución mexicana como una revolución inconclusa por las limitaciones y las traiciones de la burguesía na-

⁴⁸ *Discusión sobre América Latina*. Noviembre de 1938. Reproducido en *Escritos Latinoamericanos*. Pág. III.

cional, pero diferenció el carácter progresivo de su tendencia fundamental respecto del programa de las fracciones terratenientes locales y del capital imperialista. Su actitud contrastó claramente con el ultraizquierdismo de los trotskistas locales nucleados en la LCI (Liga Comunista Internacionalista), con quienes rompió políticamente, y con el oportunismo de los dirigentes del Partido Comunista Mexicano (PCM). Los primeros formularon en junio de 1937 un llamado a los trabajadores a “la acción directa” contra el gobierno de Cárdenas, al que hicieron responsable de alza del costo de vida. En ese entonces ya estaba en curso el conflicto con las empresas extranjeras en torno a la explotación del petróleo. Trotsky calificó como “antimarxista, falso y aventurero” el llamado. Posteriormente, en marzo de 1938, la dirección de la Liga volvió a atacar violentamente al gobierno mexicano por su decisión de indemnizar las compañías expropiadas. Trotsky, quien había caracterizado al de Cárdenas como un gobierno antiimperialista, y llegó a considerarlo como “el gobierno más valiente y honesto”, se diferenció tajantemente de tan singulares seguidores.⁴⁹

El stalinismo siguió ante el gobierno mexicano una línea de sentido contrario. Superada la primera etapa, en la cual el PCM, todavía bajo la influencia de la política del Tercer Período, catalogó al régimen de Cárdenas como fascista, la política de los comunistas locales produjo un acercamiento cada vez más estrecho a las posiciones gubernamentales. De forma tal, éstos pasaron de la táctica del “apoyo crítico” en 1936, al “apoyo condicionado” en enero de 1937, y de ahí al “apoyo total” después de junio de 1937. Por entonces la caracterización del régimen de Cárdenas como burgués y nacional-reformista, fue sustituida por otra más “adecuada” que clasificada al gobierno bajo el rótulo de nacional revolucionario. Simultáneamente, la revolución mexicana que en 1936 era para el stalinismo una revolución democrático burguesa, inconclusa por la traición de la burguesía, siguió siendo democrático burguesa, pero desde 1939 su carácter incompleto fue explicado como consecuencia de la acción del imperialismo. El resultado de esta línea oportunista fue la incorporación en enero de 1938 del PCM al Partido de la Revolución Mexicana, considerado como un Frente Popular, y el desarrollo de posiciones que favorecieron la victoria del ala derecha encabezada por Avila Camacho, futuro sucesor de Cárdenas en la presi-

⁴⁹ Olivia Gall. *Trotsky en México*. Pág. 192 y 196. Ediciones Era. 1991.

dencia.⁵⁰

LOS SINDICATOS EN LA ÉPOCA DEL IMPERIALISMO

En la alternativa planteada por Trotsky respecto a la orientación definitiva de los frentes populares en América Latina, una cosa estaba clara. En los países atrasados las posibilidades de una política independiente y la ejecución de un programa nacionalista no dependían de la iniciativa de la burguesía nacional, aunque las expresiones políticas de esa burguesía pudieran en determinado momento virar hacia la izquierda. En México, medidas tales como la estatización de los ferrocarriles y el petróleo y la nacionalización de las compañías aseguradoras, certificaron que el capitalismo de Estado desempeñaría un papel fundamental en orden a esas tareas. Sólo la centralización del poder que imponía el Estado estaba en condiciones de hacer frente al proceso concentración del capital propio de las corporaciones monopólicas. Pero el proceso de estatización no alcanzaba sólo a las estructuras económicas. Trotsky observó que en México los sindicatos se habían convertido por ley en instituciones semiestatales, y en carácter de tales habían adquirido un carácter semitotalitario. En un trabajo que se encontró después de su muerte, escribió que “la neutralidad de los sindicatos es total e irreversiblemente cosa del pasado. Ha desaparecido junto con la libre democracia burguesa”.⁵¹ Las razones de tal transformación había que buscarlas en las tendencias más profundas de la acumulación de capital, que habiendo dejado atrás la etapa de la libre competencia se encontraba ahora en el período de la decadencia imperialista. Lenin había caracterizado ese período a la luz de cinco rasgos fundamentales, claves para entender el funcionamiento de la economía capitalista, y por lo tanto el comportamiento de las clases y sus instituciones. La concentración de la producción y el capital, hasta el grado de convertir a las corporaciones monopólicas en la fuerza decisiva de la vida económica, era el primero de esos rasgos.^m

Trotsky señaló que en correspondencia con la desaparición para siempre del capitalismo liberal, también había quedado definitivamente clausurada para los sindicatos la posibilidad de explotar la competencia

⁵⁰ *Ibid.* Pág. 23 y siguientes.

⁵¹ *Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista.* Reproducido en *Escritos Latinoamericanos.* Pág. 158

entre las patronales en la disputa por los mercados. Por el contrario, la concentración y centralización del capital y su vinculación cada vez más estrecha al aparato del Estado, habían clausurado definitivamente el margen de maniobra de las direcciones reformistas. La época en que reformismo y democracia sindical caracterizaban la acción y la vida de las organizaciones gremiales, era cosa del pasado. Las opciones se habían polarizado al extremo: “Los sindicatos en nuestro tiempo pueden servir como herramientas secundarias del capitalismo imperialista para la subordinación y adoctrinamiento de los obreros y para frenar la revolución, o bien convertirse, por el contrario, en las herramientas del movimiento revolucionario del proletariado”.⁵² A fines de la década del 30 el cuadro de situación que pintaba Trotsky no dejaba dudas sobre la imposibilidad de garantizar la independencia de clase para organizaciones que se mantenían aferradas al terreno de la lucha económica: en Inglaterra el movimiento de la minoría de los sindicatos había sido aplastado y las cúpulas gremiales obraban, especialmente en asuntos de política exterior, como auxiliares de Partido Conservador; en Francia la CGT se presentaba como el agente más “directo y abierto” del capital imperialista, mientras que en Estados Unidos el CIO (Congreso de Organizaciones Industriales), surgido como consecuencia de la existencia de tendencias revolucionarias en las masas obreras, quedó al poco tiempo de su fundación subordinado a los patrones de comportamiento impuestos por el Estado. Una inclinación similar dictaba las decisiones de los sindicatos en Holanda, en tanto en la España revolucionaria, los dirigentes anarco sindicalistas se habían convertido en ministros del gobierno republicano burgués. Trotsky explicó este desplazamiento a la luz de las corrientes de fondo que dominaban la situación internacional en vísperas de la segunda guerra. “Todo movimiento de oposición dentro del movimiento sindical, especialmente en las altas esferas, amenaza con provocar una movilización borrascosa de las masas y crearle dificultades al imperialismo nacional. De ahí el giro a la derecha y la supresión de la democracia obrera en los sindicatos. El rasgo fundamental, el vuelco hacia un régimen totalitario, se da en el movimiento obrero de todo el mundo”, subrayó en uno de sus últimos escritos.⁵³

⁵² *Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista*. Reproducido en *Escritos Latinoamericanos*. Pág. 161.

⁵³ *Ibid.* Pág. 164.

En los países atrasados y dependientes la relación entre el Estado y los sindicatos no se salía del cuadro más general. Sin embargo, los equilibrios políticos que arrojaban los antagonismos de clase, así como las contradicciones derivadas del hecho de tratarse de periferias de carácter colonial o semicolonial, no eran los mismos que en las metrópolis. Trotsky siguió de cerca y sacó conclusiones del proceso de estatización de los sindicatos mexicanos. En México la primera central sindical se fundó en 1918 y fue el resultado de las luchas obreras orientadas a llevar a la práctica las conquistas consagradas por la Constitución que institucionalizó la revolución un año antes. La CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana) enarboló la bandera de la lucha de clases y la socialización de los medios de producción, y se pronunció por la acción política del proletariado. Hacia 1926, su momento de mayor desarrollo, había sumado dos millones de afiliados. Pero ya por entonces hacía tiempo que la vinculación de su dirigencia con el Estado había vaciado de contenido las consignas originales. Dos años antes había apoyado la candidatura presidencial de Calles y proclamado socialista a su gobierno, a pesar de la regresión que significó respecto a las realizaciones iniciales de la revolución. En 1919 la transformación del Partido Socialista en Partido Laborista sostenido por la CROM, había abierto el camino de la política estatal a los sindicatos, desarrollando y consolidando la presencia de una burocracia obrera al frente de las organizaciones de masas que con el tiempo habría de convertirse en una capa diferenciada, corrupta e inescrupulosa, acostumbrada a apelar a métodos gansteriles para mantener sus posiciones. Por fin, la fundación del PNR (Partido Nacional Revolucionario) en 1929, dominado por el callismo, cerró el círculo de la integración de las dirigencias obreras y campesinas a la maquinaria estatal. En 1936 la unificación del movimiento obrero en una nueva central sindical no modificó la situación. La CTM (Confederación de Trabajadores de México) se transformó desde el primer momento en una formidable base de apoyo a las medidas democráticas y antiimperialistas del gobierno de Cárdenas. Sus dirigentes consideraron con toda justicia que el impulso a las tareas nacionales y democratizantes que estaban en curso, era la política que debía seguir el proletariado en un país semicolonial. Sin embargo, pese a proclamar su independencia y sus objetivos socialistas, en los hechos la dependencia del Estado no fue alterada.

Para un régimen bonapartista tal estado de cosas revestía una im-

portancia fundamental. Era el resorte a través del cual el gobierno podía asegurarse que el apoyo de las masas obreras al programa antiimperialista, no hiciera de la clase una fuerza autónoma, y de impedir, por consiguiente, que el proceso se radicalizara más allá de ciertos límites. La nacionalización de ramas claves como los ferrocarriles y el petróleo, no sólo creó la plataforma sobre la que asentar una política de capitalismo de Estado, sino que además estableció el mecanismo mediante el cual constituir a una parte de la burocracia sindical en administradora estatal. Trotsky advirtió sobre la dualidad que esta situación encerraba para la clase obrera. Por una parte, el gobierno estaba obligado a hacerle concesiones de modo de resistir con su respaldo las presiones del capital extranjero, y en este sentido sostuvo que el proletariado debía aprender a utilizar las situaciones que se presentaban dentro del capitalismo de Estado. En su explicación destacaba el hecho de que los directores obreros de las empresas nacionalizadas tendrían oportunidad de demostrar la necesidad de profundizar la experiencia, avanzando más allá de los límites que imponía la burguesía, y de plantear a los trabajadores el problema de la conquista del poder. Pero por otra parte alertaba acerca del peligro que significaba el otro aspecto de esa dualidad: la formación de una burocracia obrera incorporada al aparato de Estado, cuyos cuadros no obraran como representantes del proletariado ante la burguesía, sino por el contrario como gerentes de ésta ante los obreros.

En mayo de 1939 Trotsky planteó en estos términos el problema ante una consulta de un dirigente de la CTM. En junio de 1937 el gobierno mexicano había entregado la administración de los ferrocarriles a los trabajadores, y en marzo de 1938 expropió a las compañías petroleras e incorporó a dirigentes obreros a la dirección de esa rama industrial. Trotsky volvió sobre este asunto en su escrito póstumo sobre la situación de la sindicatos en la época del imperialismo, poniendo esta vez el acento en la gravitación que ejercía el gobierno bonapartista, a través de lo que caracterizaba como una cooptación de la burocracia gremial al capitalismo de Estado. Diferenciaba tajantemente esta situación respecto del control obrero sobre la industria, y consideraba ese tipo de administración como un recurso de la burguesía para disciplinar los trabajadores. “En realidad la tarea de la burguesía consiste en liquidar a los sindicatos como organismos de la lucha de clases y sustituirlos por la burocracia como organismos de dominación de los obreros por el Estado burgués”, escribió una vez que la tendencia

de la administración obrera hubiera quedado claramente definida.ⁿ En su perspectiva, esa burocracia sindical, originada como consecuencia del desarrollo de ciertas ramas de los servicios y la industria semicolonial por parte del capital extranjero, era la base social más importante en la que residía el carácter bonapartista o semibonapartista de los gobiernos en las colonias y en los países atrasados en general, y era a la vez, el vínculo que aseguraba la subordinación de los sindicatos reformistas al Estado.

Ante esta situación sostuvo que la primera consigna debía ser: “Independencia total e incondicional de los sindicatos respecto del sistema capitalista”; y la segunda: “Democracia sindical”. La polarización que la lucha de clases había alcanzado en la etapa de la dominación imperialista, no daba lugar a soluciones intermedias: o los sindicatos obraban como instrumentos secundarios del capitalismo para subordinar y adoctrinar a los obreros, o se convertían en herramientas del movimiento revolucionario del proletariado, única alternativa para desempeñarse como organismos de clase independientes. Este asunto revestía una importancia capital, al punto que llegó a afirmar que las consignas del programa de transición aprobado en el último congreso de la IV Internacional no estaban destinadas sólo al partido, sino que en rasgos generales eran una plataforma de acción para los sindicatos.⁵⁴ La conquista de la independencia de clase y la construcción del partido formaban parte de una única tarea desarrollada en diversos frentes de lucha, y era de suyo la condición *sine qua non* con vistas a organizar en un frente único a las masas no proletarias en torno a la jefatura de la clase obrera.

Trotsky vivió sus últimos años en México bajo la pesada atmósfera de crisis económica, política y moral que precedió inmediatamente al estallido de la segunda guerra mundial. La declinación o directamente el hundimiento del liberalismo en una parte de Europa, el consiguiente ascenso del nazismo en Alemania, al igual que anteriormente del fascismo en Italia, y la consolidación del stalinismo en la Unión Soviética, señalaban, al mismo tiempo que la agudización de las contradicciones del mundo capitalista, el pronunciado reflujo del movimiento obrero y de las corrientes socialistas que no habían abandonado la perspectiva de la revolución.

⁵⁴ *Los sindicatos en la era de la decadencia del imperialismo. Escritos Latinoamericanos.* Pág.

Un sombrío horizonte cernía por entonces el cuadro de la situación mundial: en 1937 Japón invadió China e inició la ocupación de la zona costera que se prolongaría hasta 1945, como consecuencia de la cual provocaría un marcado proceso de desindustrialización con la inevitable desproletarización de una importante masa de trabajadores manuales; en marzo de 1938 Alemania ocupó Austria sin encontrar resistencia y en octubre, la firma del pacto de Munich, le permitió al Reich anexionarse zonas enteras de Checoslovaquia (casi 20% de su territorio), hasta que finalmente en 1939 decidió la ocupación de la totalidad del país; otro tanto hizo Italia con Albania en abril de ese año, luego que en 1936 Mussolini transformara, ante la pasividad de la Liga de Naciones, a Etiopía en una colonia italiana. Por fin, en septiembre de 1939, como consecuencia de la invasión de las tropas alemanas a Polonia, estalló la segunda guerra mundial; ese mismo mes el Ejército Rojo acordó con las fuerzas del Tercer Reich el reparto de nación polaca, en línea con las cláusulas del pacto germano-soviético firmado un mes antes los cancilleres Ribbentrop y Molotov.

La década del 30 finalizaba envuelta en poderosas corrientes de reflujo. En Europa el movimiento obrero estaba derrotado. En Alemania, Austria y luego en Checoslovaquia bajo dominio nazi, los sindicatos, al igual que en Italia, habían sido destruidos. En Francia el Frente Popular se hundía en la impotencia, mientras que en España la revolución había sido sofocada por el stalinismo, y estaba a punto de ser derrotada militarmente por el franquismo. En la Unión Soviética Stalin concentraba con mano de hierro el poder. En marzo de 1938 había finalizado el último de los grandes procesos de Moscú. Zinóviev, Kámenev, Piatakov, Rádek, Rykov, Toms-ky, Bujarin, Rakovsky... uno a uno, los representantes de la vieja guardia bolchevique, dirigentes de la Revolución de Octubre y constructores del Estado soviético, fueron acusados de haber conspirado desde un primer momento a favor de Gran Bretaña, Francia, Japón o Alemania, y luego en beneficio de los nazis; de haber planificado el asesinato de Stalin y la restauración del capitalismo. Todos fueron encontrados culpables y salvo excepciones, llevados ante el pelotón de fusilamiento. El más peligroso de todos, León Trotsky, fue el gran ausente en las siniestras purgas y, sin embargo, su condena a muerte ya estaba decidida y fue ejecutada tiempo después, en agosto de 1940, en un suburbio de la ciudad de México, llamado Coyoacán, por un agente stalinista. Igual suerte corrieron miles de sus segui-

dores, y de Zinóviev y Bujarin, confinados en los campos de concentración de Oriente y el extremo Norte. Mientras tanto la patria socialista de Lenin se había transformado. La colectivización forzosa y la industrialización acelerada, iniciadas sobre la finalización de los años 20, e impuestas a sangre y fuego en los 30, no sólo habían afianzado el régimen soviético sobre nuevas bases sociales y materiales. También consolidaron el poder de una sórdida burocracia partidaria y estatal, en los marcos de una sociedad en la que se habían acentuado sus desniveles. Una atmósfera pública de terror envolvió a todo este proceso de transformaciones. Su resultado fue el aplastamiento del espíritu de la sociedad rusa y el aniquilamiento por largos años de cualquier posibilidad de reflexión crítica.

Así y todo, hasta el fin de sus días, Trotsky siguió considerando a la Unión Soviética, a pesar de su degeneración burocrática, como un Estado obrero, y reclamó a sus seguidores en todo el mundo empeñarse en su defensa en caso de un conflicto con las potencias imperialistas. Sabía muy bien que la propiedad pública de los medios de producción no garantizaba, de por sí, contra el peligro de una restauración capitalista que convirtiera a la burocracia gobernante en clase propietaria,⁵⁵ pero aún en los momentos más difíciles, depositó sus esperanzas en el proletariado soviético y en la perspectiva de una revolución política que retornase al cauce abierto en octubre de 1917.

La época de derrotas y reflujo no podía hacerle perder de vista el horizonte de todo un período histórico. En dirección a esa perspectiva de futuro escribió: "...la tarea fundamental de nuestra época no ha cambiado, por la simple razón de que no se ha resuelto... los marxistas no tienen el menor derecho (si la desilusión y la fatiga se consideran 'derechos') a extraer la conclusión de que el proletariado ha desaprovechado sus posibilidades revolucionarias y debe renunciar a todas sus aspiraciones... Veinticinco años en la balanza de la historia, cuando se trata de los cambios más profundos en los sistemas económicos y culturales, pesan menos que una hora en la vida de un hombre. ¿De qué sirve el individuo que, a causa de los reveses sufridos en una hora o un día, renuncie al propósito que se ha fijado sobre la base de toda la experiencia... de su vida?"⁵⁶

⁵⁵ Trotsky analizó específicamente esta posibilidad como una de las alternativas del régimen soviético, en 1936 al escribir *La Revolución Traicionada*.

⁵⁶ Citado por Isaac Deutscher en *Trotsky, el profeta desterrado*. Pág. 422. Ediciones Era.

Con esta confianza inquebrantable en el destino de la humanidad peleó hasta el último día. Durante los primeros meses de 1938 escribió el programa y los documentos centrales de la IV Internacional, que se fundaría en septiembre de ese año. A pesar de las condiciones desfavorables y de que sus seguidores apenas si estaban organizados en pequeños grupos en Europa, Estados Unidos, en China, la India, Japón, Indochina e Indonesia, seguía creyendo que las derrotas y el reflujo del movimiento revolucionario tenía que ver con los errores y desviaciones de sus direcciones y, particularmente, con el papel que jugaba el stalinismo en la arena mundial.

Trotsky murió asesinado por el agente de la GPU, Ramón Mercader del Río, el 21 de agosto de 1940.⁵⁷ Antes habían corrido igual suerte dos de sus hijos y seis de sus secretarios. Miles de sus seguidores habían sido ejecutados en los campos de concentración de la Unión Soviética. El 23 de agosto alrededor de 250 mil mexicanos acompañaron los restos del jefe de la Revolución de Octubre hasta el crematorio. Días después el presidente Cárdenas acusó al PCM de “traición a la patria” por su intervención en el atentado contra Trotsky.

Casi seis meses antes de su muerte Trotsky redactó su testamento político. En sus últimos párrafos escribió:

“Durante cuarenta y tres años de mi vida consciente es sido un revolucionario, y durante cuarenta y dos años he luchado bajo la bandera del marxismo. Si hubiera de comenzar otra vez, trataría... de evitar tal o cual error, pero el curso general de mi vida permanecería inalterado. Moriré siendo un revolucionario proletario, un marxista, un materialista dialéctico y, por consiguiente un ateo irreconciliable. Mi fe en el futuro comunista de la humanidad no es menos ardiente, sino más firme hoy, de lo que era en los días de mi juventud.

Natasha acaba de acercarse a la ventana desde el patio y la ha abierto más, para que el aire entre mejor en mi habitación. Puedo ver la verde franja de césped al pie del muro y el claro cielo encima de éste y la luz del sol en todas partes. La vida es hermosa. Que las futuras generaciones la limpien de todo mal, opresión y violencia, y la disfruten a plenitud.”⁵⁷

Años después, Isaac Deutscher terminó su excepcional trilogía sobre la vida del revolucionario ruso con estas palabras:

Trotsky en algunas ocasiones comparó el progreso de la humanidad con la marcha de los peregrinos descalzos que avanzan hacia su santuario dando sólo unos cuantos pasos hacia delante cada vez, y después retrocediendo o saltando a un lado para volver a avanzar y desviarse o retroceder; así, zigzagueando todo el tiempo, se acercan penosamente a su meta. Trotsky pensó que su misión era la de incitar a los 'peregrinos' a seguir avanzando. La humanidad, sin embargo, cuando al cabo de cierto progreso sucumbe a una desbandada, permite que aquellos que la instan a continuar su avance sean injuriados, difamados y atropellados hasta morir. Sólo cuando ha reanudado su marcha hacia delante rinde un triste homenaje a las víctimas, atesora su memoria y recoge devotamente sus reliquias; entonces les agradece cada gota de sangre que entregaron, pues sabe que con esa sangre nutrieron la semilla del futuro.⁵⁸

Notas:

a Parvus, bajo este seudónimo, A. L. Helfand, de origen ruso, establecido en Alemania y reconocido como economista, publicista y autor de obras marxistas eruditas, escribía en *New Seit* de Karl Kaustsky, la revista socialista más prestigiosa de Europa y en varios periódicos socialistas. En *Iskra*, publicación de la fracción bolchevique, sus notas eran incluidas habitualmente en primera página. Trotsky reconoció siempre la deuda que tenía con Parvus en el terreno de las ideas y de su desarrollo intelectual. Sin embargo, en 1914 cuando éste declaró su solidaridad con los dirigentes socialistas alemanes que acaban de apoyar la guerra, y se embarcó en operaciones comerciales en los Balcanes en provecho propio y del gobierno alemán, se produjo una ruptura que resultaría definitiva.

b Ese carácter algebraico estaba dado por la incógnita existente respecto al nivel de iniciativa y de independencia política que alcanzaría la participación del campesinado en la revolución. La indeterminación le posibilitaba a la fórmula dar lugar a distintas correlaciones de tipo gubernamental. Por ejemplo, en 1909, en la Conferencia del partido socialdemócrata ruso, Lenin apoyó la fórmula propuesta por Rosa Luxemburgo: “dictadura del proletariado apoyada en los campesinos”. Y replicó las críticas mencheviques respecto a un cambio radical de posición, afirmando que la expresión finalmente adoptada era idéntica a la inicialmente sostenida por los bolcheviques: “el proletariado conduciendo tras de sí a los campesinos”. Mencionado por Trotsky en *La revolución permanente*. Tomo II. Pág. 15.

c Este carácter excepcional ha estado presente en todas y cada una de las revoluciones victoriosas del siglo xx. Althusser, al centrar la atención sobre este aspecto decisivo de la historia de las revoluciones, detalla el entrelazamiento de circunstancias extraordinarias que posibilitaron el advenimiento del Octubre soviético: contradicciones de un modo de producción precapitalista predominante en el campo; contradicción de carácter capitalista en las grandes ciudades y en las regiones mineras y petroleras; intensificación de la lucha de clases, incluso dentro de los círculos dominantes del régimen; combinación de circunstancias excepcionales como la presencia de una dirección marxista en condiciones de formular una teoría de la revolución opuesta a la concepción predominante en la socialdemocracia europea; las enseñanzas que arrojó el “ensayo general” de la revolución en 1905; la intensificación brutal de las condiciones de explotación que significó para las grandes masas la guerra imperialista. Althusser subraya este entrelazamiento y sostiene que los factores que operan en los niveles de la superestructura, especifican los determinantes estructurales (modo de producción: fuerzas productivas, relaciones sociales de producción). Su intención es demostrar que esta intervención de factores, en muchos casos con-

tingentes, confieren a la contradicción fundamental un carácter sobredeterminado.

En China la fase de la revolución que se desarrolló entre 1925 y 1927 destacó a la clase obrera de las grandes ciudades marítimas, a pesar de su escaso número, como la fuerza más dinámica de la lucha de masas que alcanzaba su mayor amplitud a través de un movimiento campesino de ritmos más lentos. Sin embargo, ya por entonces el reflujo de la revolución europea había calado en el ánimo de la dirigencia de Moscú, y la teoría del “socialismo en un solo país” terminó por desplazar las antiguas expectativas, y abrir una brecha con la concepción que al respecto tenían los clásicos del marxismo, e incluso con las convicciones más firmes que en el pasado inmediato habían guiado la acción de los bolcheviques. La Internacional Comunista, siguiendo instrucciones de la fracción Stalin-Bujarin, ordenó a los comunistas chinos ingresar a título individual al Kuomintang, el partido nacionalista dirigido por Chiang Kai-Chek, integrar un bloque de clases con la burguesía nacional, la pequeña burguesía y el campesinado, inscribir en su horizonte la consigna de la dictadura democrática de obreros y campesinos y, por consiguiente, no sobrepasar los límites de la revolución burguesa. El resultado fue la masacre de obreros comunistas llevada adelante por la policía del Kuomintang en Shanghai en abril de 1927. La posterior corrección ultraizquierdista ordenada por la dirección de la Internacional, anticipo de lo que sería la línea del Tercer Período, tuvo por resultado una serie de derrotas que culminaron con el aplastamiento del levantamiento de Cantón, en diciembre de 1927.

d La Revolución Francesa de fines del siglo XVIII es seguramente el ejemplo más completo de esa correspondencia. Durante el siglo que precedió a los acontecimientos de 1789, el pensamiento de la Ilustración impregnó a la sociedad con las nuevas ideas del capitalismo emergente, y construyó un imaginario colectivo más allá del declinante horizonte del orden feudal. Esta influencia, que en términos de Gramsci puede caracterizarse como una reforma intelectual y moral, constituyó el terreno ideológico sobre el cual la burguesía asentó su principio hegemónico. Su prolongado proceso de decantamiento se correspondió con las particularidades del histórico proceso de transición del feudalismo al capitalismo, en el cual la nueva organización de las fuerzas productivas y las incipientes relaciones sociales de ella derivadas, se fueron abriendo paso sucesivamente en el seno de la vieja sociedad, hasta que por fin la acumulación de fuerzas socialmente progresivas impuso una solución revolucionaria. Las revoluciones del siglo XX no conocieron esta transición, y el limitado alcance de esa reforma intelectual y moral influyó negativamente sobre la suerte de las revoluciones que en la periferia del capitalismo se elevaron desde el piso de sociedades, en las que aún gravitaban relaciones de producción precapitalistas, hasta el estadio de la construcción socialista. En 1923 Trotsky escribió lo siguiente: “la

burguesía escala el poder con pleno dominio de la cultura de su tiempo; el proletariado, en cambio, sólo posee el convencimiento urgente y absoluto de la necesidad de apoderarse de dicha cultura. El problema del proletariado triunfante, consiste en asimilar una civilización que antes no le servía: teatros, prensa, industrias, editoriales, etc., y con la ayuda de ellos, abrirse amplios caminos hacia una nueva cultura y hacia una nueva vida”. León Trotsky. *Literatura y revolución*. Pág. 152. Jorge Alvarez Editor. 1964.

e El argumento de que las medidas antiimperialistas tomadas en las semicolonias del capitalismo occidental favorecían al enemigo fascista, fue sostenido entre otros por *Marianne*, semanario del Frente Popular en Francia. Según esta interpretación, al expropiar los capitales ingleses y norteamericanos el gobierno de Cárdenas no sólo se había alineado con Trotsky sino también a favor del Hitler. En realidad, si el imperialismo británico se quedó sin el petróleo mexicano fue exclusivamente por la decisión del gobierno de Chamberlain de responder a las expropiaciones con un boicot. El dato es citado en *Escritos Latinoamericanos*. León Trotsky. Pág. 20. Ediciones CEIP León Trotsky. En Argentina el stalinismo utilizó razonamientos similares cuando el régimen militar del 4 de junio de 1943 adoptó medidas contrarias a los intereses de los frigoríficos británicos en conflicto con los trabajadores.

f Este giro se prolongó hasta agosto de 1939, momento en que la construcción del frente popular antifascista fue abandonada en correspondencia con el pacto firmado entre la Alemania nazi y el Kremlin. Los partidos comunistas adoptaron entonces una posición neutralista y antiimperialista, que se mantuvo hasta que en junio de 1941 los ejércitos de Hitler invadieron la Unión Soviética, y nuevamente la voz de orden fue la organización de la “unión nacional antifascista”.

g En las *Tesis e Informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*, Lenin escribió: “La vieja democracia, es decir la democracia burguesa y el parlamentarismo fueron organizados de tal modo, que precisamente las masas trabajadoras se vieran más apartadas que nadie del aparato de la gobernación”. Asimismo: “La destrucción del poder del Estado es un fin que se han planteado todos los socialistas, entre ellos, y a la cabeza de ellos, Marx. La verdadera democracia, es decir, la igualdad y la libertad, es irrealizable si no se alcanza ese fin”. *Obras Escogidas*. Tomo 3. Pág. 162. Editorial Progreso. Moscú 1961.

h En su informe a la comisión nacional y colonial del II Congreso (julio de 1902), Lenin señaló lo siguiente: “¿Cuál es la idea más importante y fundamental de nuestras tesis? La distinción entre pueblos oprimidos y pueblos opresores. Subrayamos esta distinción en oposición a la II Internacional y a la democracia burguesa. (...) El rasgo característico del imperialismo consiste en que, como vemos, todo el mundo se divide

actualmente en un gran número de pueblos oprimidos y en un número insignificante de pueblos opresores, que disponen de colosales riquezas y gran fuerza militar”. Stuart Schram y Hélène Carrère D’Encausse. *El marxismo y Asia*. Pág. 164. Siglo Veintiuno Editores. 1974.

Trotsky, por su parte escribió: “Toda la humanidad actual, desde los obreros británicos hasta los nómades etíopes vive atada al yugo del imperialismo. No hay que olvidarlo ni un solo minuto. Pero esto no significa que el imperialismo se manifiesta de la misma manera en todos los países. No. Algunos países son los conductores del imperialismo, otros sus víctimas. Esta es la línea divisoria fundamental de los estados y naciones modernas. Desde esta perspectiva y solamente desde ella, hay que considerar el problema tan complejo de *fascismo y democracia*. Artículo escrito en septiembre de 1938. *Escritos Latinoamericanos*. Pág. 86. Ediciones CEIP. 1999.

i En relación con la versión “democrática” de la política norteamericana hacia América Latina bajo el gobierno de Roosevelt, que tanta valoración mereció entre los comunistas argentinos, Trotsky escribió: “Bajo Roosevelt la política de puño de hierro en América Latina se cubre con el guante de terciopelo de las pretensiones demagógicas de amistad y ‘democracia’. La política del ‘buen vecino’ no es más que la tentativa de unificar el Hemisferio Occidental bajo la hegemonía de Washington, como un solo bloque esgrimido por éste último en su vigorosa campaña para cerrar la puerta de los dos continentes americanos a todos los poderes, excepto él mismo”. Tesis de la IV Internacional aprobada en septiembre de 1938. *Escritos Latinoamericanos*. Pág. 305.

j *Escritos Latinoamericanos*. Pág. 99. La entrevista entre Trotsky y Fossa se realizó en septiembre de 1938. Casi un año antes, en noviembre de 1937, el presidente de Brasil, Getulio Vargas, había anunciado el cierre del Congreso y el reemplazo de la Constitución de 1934 por otra destinada a establecer el Estado Novo. Vargas gobernó Brasil desde la revolución de 1930 hasta que un golpe de Estado lo depuso en 1945. Volvió a ser elegido presidente en 1950 y sometido a una fuerte presión de la oligarquía tradicional y las Fuerzas Armadas, se suicidó en agosto de 1954. Durante los casi veinte años que se mantuvo en el poder, Vargas llevó adelante la política nacional burguesa que no era capaz de ejecutar por sí sola la burguesía nacional, mediante una dictadura de base popular. El suyo constituyó un régimen de tipo bonapartista, con un fuerte componente de capitalismo de Estado en áreas como la siderurgia, el petróleo y la electricidad, y avanzada (aunque no siempre respetada) legislación social, en correspondencia con la necesidad de ampliar el mercado interno a la burguesía industrial. Simultáneamente, prohibió las huelgas obreras y mantuvo a los sindicatos bajo un férreo control estatal. Al igual que el peronismo, estableció un nuevo equilibrio político favorable a las clases nacionales, neutralizando la gravitación de

la oligarquía exportadora, pero no alteró el régimen de propiedad agraria. Su caída puso en evidencia la imposibilidad de sostener un programa de tareas nacionales sin llevar a fondo el enfrentamiento con el capital extranjero y el establishment nativo tradicional, dando libre curso a la iniciativa de las masas trabajadoras.

k Antonio Gramsci diferenció los tipos de soluciones bonapartistas según su papel en la historia. Consideró bonapartismos de carácter progresivo —cesarismos, según sus propios términos— los que a través de Julio César y Napoleón Bonaparte produjeron el pasaje de un tipo de Estado a otro, y cuyas innovaciones fueron tales que configuraron una transformación de fondo en el conjunto de una determinada época histórica. Por el contrario, les asignó un carácter regresivo a los regímenes de Luis Bonaparte y Bismark, encaminados a consolidar en todos sus términos un orden existente. Sin embargo, por lo que se vio más arriba el papel de uno y otro no es equiparable. Gramsci consideró al bonapartismo como la consecuencia de una crisis de hegemonía, en la cual el enfrentamiento de fuerzas antagónicas arroja como resultado un equilibrio catastrófico, “de manera tal que la continuación de la lucha no puede menos que concluir con la destrucción recíproca”. Bajo tales circunstancias se abre la posibilidad de una solución política, a partir de la emergencia de una personalidad capaz de arbitrar entre los contendientes, readecuando los intereses divergentes a las nuevas condiciones. *El príncipe moderno*, incluido en *La política y el Estado moderno*. Premia Editora. 1990.

l En los años en que Trotsky residió en América Latina los aliados naturales del capital imperialista eran las oligarquías terratenientes en el Río de la Plata, los fazendeiros en Brasil, las roscas mineras en los países andinos y los grandes propietarios de plantaciones en las regiones tropicales, cuyos intereses estaban estrechamente vinculados con los de la burguesía comercial y el capital financiero. El rasgo característico de este bloque de clases era su naturaleza rentística, ajena en general a un proceso de reproducción ampliada sobre una base de valorización productiva del capital. En 1928 José Carlos Mariátegui, al publicar en un libro sus escritos sobre la sociedad peruana, destacó este aspecto sustancial: “La clase terrateniente no ha logrado transformarse en una burguesía capitalista, patrona de la economía nacional. La minería, el comercio, los transportes se encuentran en manos del capital extranjero. Los latifundistas se han contentado con servir de intermediarios a éste, en la producción de algodón y azúcar. Este sistema ha mantenido en la agricultura una organización semifeudal que constituye el más pesado lastre del desarrollo del país”. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Pág. 30. Ediciones Era. 1979.

m Los otros cuatro rasgos señalados por Lenin eran la fusión del capital bancario y el industrial, a la que denominó capital financiero; la importancia de la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías; la formación de asociaciones

internacionales monopolistas encaminadas al reparto del mundo, y la finalización de ese reparto por parte de las potencias capitalistas dominantes. V. I. Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Obras Escogidas. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú 1960. Tomo I. Pág. 799.

n *Ibid.* Pág. 165. Cárdenas murió en 1970 y bajo el título *Un balance de la Revolución Mexicana*, dejó escrito lo que se considera su testamento político. En una parte de ese documento puede leerse lo siguiente. “Los obreros han carecido de defensa gremial combativa y consecuente respecto a sus derechos de usufructuar una mayor parte de la riqueza que producen. La inoperancia de los sindicatos como organizaciones de resistencia debida en parte al abatimiento del ejercicio de la democracia interna y, también, a la inacción de sus dirigentes, hace que ese sector de la sociedad se encuentre abandonado a la rutinaria revisión de sus contratos de trabajo, en un estado de conformismo compulsivo, perjudicial a sus propios intereses.

Se podría argüir que no es responsabilidad del gobierno sino de los trabajadores, conquistar la democracia interna en los sindicatos (...) Eso sería verdad en la medida que las condiciones de abatimiento social de los trabajadores dejaran de responder a indebidos privilegios de que disfrutaban sus dirigentes para mantener la inmovilidad de las masas organizadas y al hecho de haber dejado en el desamparo a las que no están organizadas. (...) la explotación patronal se ha recrudecido porque las organizaciones obreras han perdido su independencia y con ello, los demás trabajadores, todo estímulo.” Reproducido por Eva Bargellini en *México: luchas sindicales y charrismo*. Centro Editor de América Latina. Serie *Historia del Movimiento Obrero*.

ñ En la madrugada del 24 de mayo de 1940 un grupo de sicarios asaltó la vivienda de Trotsky en Coyoacán encabezados por David Alfaro Siqueiros, agente de la GPU, por lo menos desde su intervención en la guerra civil española. Sesenta disparos atravesaron la habitación donde descansaban Trotsky, y su compañera Natalia y alcanzaron también el cuarto contiguo donde dormía su nieto Sieva. Sólo un milagro permitió que salvaran sus vidas. El PCM sostuvo que se trató de un autoatentado, y luego, cuando quedó en claro la responsabilidad de Siqueiros, junto con otros agentes de la GPU, declaró que ninguno de ellos pertenecía a la organización. Durante la estadía de Trotsky en México los stalinistas locales montaron en su contra una interminable campaña de difamaciones. La empresa contó con el respaldo cómplice de la burocracia enquistada en la Confederación de Trabajadores de México, encabezada por Vicente Lombardo Toledano, éste a su vez, instrumento principal de la política de Moscú ante el gobierno de Cárdenas. De acuerdo con la prensa del PCM el compañero de Lenin fue primero aliado de la Gestapo y luego agente del imperialismo norteamericano, empeñado en desestabilizar al régimen

nacionalista mexicano en favor de las corporaciones petroleras, e incluso organizador de un golpe de Estado fascista. En marzo de 1940 el PCM fue depurado y expulsados sus máximos dirigentes. Stalin consideraba que haber concedido el exilio a su peor enemigo había sido el más grave de sus errores, y estaba resuelto a corregir el yerro. Antes de marzo de ese año un delegado de la Internacional comunicó la decisión y pidió colaboración de los máximos dirigentes del PCM. El desacuerdo de éstos, conocedores del efecto desastroso que el crimen precipitaría sobre su organización, provocó su expulsión del partido, decidida por un congreso extraordinario celebrado a puertas cerradas. Entre los representantes de la Internacional que intervinieron en la depuración y reorganización del PCM se destacó Victorio Codovilla, convertido en jefe del PC argentino tras su retorno al país, y decidido impulsor de la Unión Democrática en alianza con la Sociedad Rural, la Cámara y la Bolsa de Comercio, la Unión Industrial y la embajada norteamericana, contra el movimiento popular que acaudilló el coronel Perón a mediados de la década del 40. Con esa reestructuración se puso en marcha la operación para ejecutar la orden de Stalin. ¿Qué fue lo que movió al jefe del Kremlin a tomar la decisión final? La oposición trotskysta, sinovievista y bujarinista había sido derrotada y exterminada en la URSS. Exilado en el otro extremo del mundo, Trotsky apenas reunía un puñado de seguidores en contados países de América, Europa y Asia, y sus llamamientos a los trabajadores soviéticos dudosamente llegaron a sus destinatarios. Sin embargo, Trotsky conservaba toda la autoridad política y moral para hablar en nombre de la revolución; las traiciones y los errores de Stalin tenían en él un acusador implacable y sus artículos, publicados en los periódicos de Estados Unidos y Europa, constituían una evidencia insoportable. Stalin, por su parte, afrontaba los riesgos de una situación indeterminada. La segunda guerra mundial estaba en pleno desarrollo. Sabía que pese al acuerdo germano-soviético, los ejércitos de Hitler no tardarían en volverse contra la URSS; también era consciente de que en modo alguno podría contar con el auxilio de las democracias imperialistas, tan interesadas como el Tercer Reich en liquidar al régimen comunista. Pero además, al resultado incierto de la confrontación se sumaba una situación interna inquietante. En mayo de 1937 la GPU denunció un complot dirigido por el mariscal Tujachevsky, comandante en jefe del Ejército Rojo, secundado por varios integrantes de la plana mayor del generalato. Acusados de traición, sus ejecuciones fueron el primer acto de una purga que alcanzó a 25.000 oficiales y que descabezó al Ejército en vísperas del estallido de la guerra mundial. Stalin tampoco estaba seguro de la fidelidad de la *nomenklatura* y una buena cantidad de integrantes del Politburó, secretarios regionales del Partido, dirigentes sindicales y de organismos estatales, fueron a su turno acusados de traición y espionaje, y ejecutados sin proceso alguno. Aún paralizada por el terror, el malestar de la sociedad soviética se reflejaba en las altas esferas de la burocracia gobernante.

Stalin no podía saber de antemano que suerte le esperaba a la URSS al término de la guerra, y el peligro de que el descontento interno se convirtiera en una fuerza amenazante debido a un resultado desfavorable, estaba presente. Nadie podía descartar el resurgir del espíritu revolucionario de las masas rusas en caso de una crisis que afectara los fundamentos del régimen burocrático. Bajo esas circunstancias, la figura del viejo exilado en Coyoacán podría transformarse en expresión viviente de la tradición de Octubre, y en ese caso su influencia sobre los acontecimientos sería decisiva. El jefe del Kremlin no estaba dispuesto a correr tales riesgos y, en consecuencia, decidió poner fin a la existencia del último de los grandes jefes de la vieja guardia revolucionaria rusa, que desafiando a la historia y a los dogmas teóricos, llevó a cabo la primera revolución socialista.